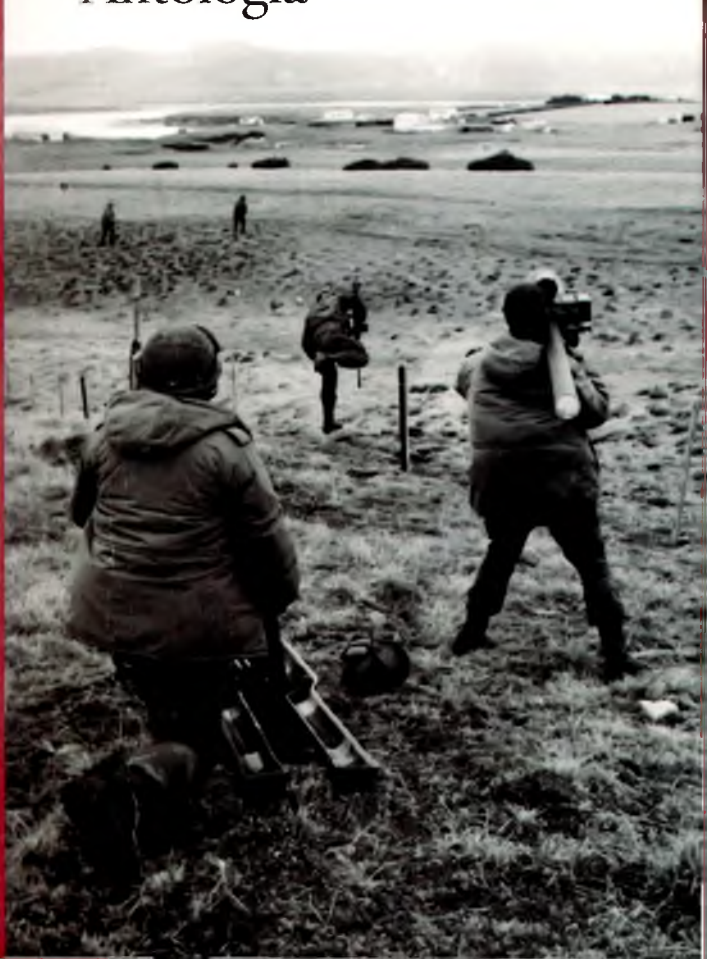
ALFAGUARA

SERIE ROJA

Las otras islas

Antología



ALFAGUARA

© 1991 Juan Forn, © 2000 Eduardo Sacheri,
© 2001 Esteban Valentino, © 2004 Liliana Bodoc,
© 2005 Marcelo Birmajer, © 2012 Pablo De Santis,
Edgardo Esteban, Inés Garland, Pablo Ramos, Patricia Suárez.

De esta edición:
2012, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad de Buenos Aires

ISBN: 978-987-04-2253-2
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*
Primera edición: febrero de 2012

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil:
María Fernanda Maquieira

Edición:
Violeta Noetinger

Foto de tapa:
Eduardo Farré (Archivo Télam)

Las otras islas : antología / Marcelo Birmajer ... [et al.] ; con prólogo de Edgardo Esteban. - 1a ed. - Buenos Aires : Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, 2012.
152 p. ; 14 x 23 cm. - (Roja)

ISBN 978-987-04-2253-2

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. 2. Cuentos. I. Birmajer, Marcelo. II. Esteban, Edgardo, prolog.
CDD A863.928 2

PRISA EDICIONES

Las otras islas

Antología

ALFAGUARA
SERIE ROJA

"Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez cara a cara, en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel".
JORGE LUIS BORGES

PALABRAS PRELIMINARES

"La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla".
GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, *Vivir para contarla.*

Después de treinta años de la Guerra de Malvinas me pregunto cómo narrar a las generaciones venideras ese acontecimiento que marcó a fuego la historia de nuestro país. Es un desafío relatar esos momentos a los jóvenes que tengan la inquietud de entender esa etapa de la Argentina llena de sentimientos encontrados.

Siempre intenté contar mi experiencia de Malvinas sabiendo que no es la única. Hay tantos relatos como protagonistas de la guerra de 1982. Estos nos ayudan a ir reconstruyendo, a pensar sobre las razones que dieron lugar al conflicto bélico y a reflexionar acerca de los errores y los aciertos de nuestra propia historia, la que nos conforma como argentinos. Malvinas es parte de nuestras contradicciones porque simboliza un justo reclamo de soberanía y, al mismo tiempo, una guerra absurda, impulsada por una dictadura militar en decadencia que utilizó ese legítimo reclamo pero que le dio un nuevo y controversial significado a la "causa Malvinas".

Lo que no nos puede pasar como argentinos es olvidar. Una sociedad jamás será justa si no tiene memoria, y esa es una batalla que exige una tarea cotidiana. Cómo no

recordar el fervor patriótico que generó el 2 de abril de 1982, el anuncio de la recuperación del territorio usurpado por los ingleses en 1833. Una Plaza de Mayo adornada de celeste y blanco, en la que participaron, junto a miles de ciudadanos, reconocidos dirigentes políticos y sindicales. Se aclamó al general Leopoldo Fortunato Galtieri que decía "si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla". Este apoyo casi generalizado que tuvo la decisión de recuperar las islas impidió, luego, asumir la derrota y debatir la utilización política de la causa Malvinas por parte de un gobierno de facto que venía desarrollando desde 1976 una política sistemática de terrorismo de Estado. Luego vendrían el 14 de junio, el final de la guerra y la derrota; y esa misma sociedad que apoyó el intento de recuperación de las islas quiso incendiar entonces la Casa de Gobierno, echó a Galtieri y no volvió a hablar del tema. Malvinas cerró el capítulo de la dictadura y fue un factor decisivo para la reinstauración de la democracia.

Los recuerdos de la guerra son imborrables, están siempre. Aquellas postales de abril a junio de 1982 quedaron grabadas a fuego en la mente de los soldados que contábamos con tan solo dieciocho años. Para los que estuvimos en Malvinas, la guerra fue una experiencia crucial que nos hizo crecer de golpe, al conocer la muerte que nos acechó durante los setenta y tres días que duró el conflicto bélico. Las heridas siguen abiertas y los recuerdos intactos, y cada mañana laten profundo en la conciencia. Es por eso que intento alejarlos, aferrándome a la vida.

A lo largo de estos treinta años traté de rescatar la parte humana de la experiencia de aquellos días en las

islas, cuando muchos intentaron silenciarla o esconderla. Pensar en la guerra no es solo profundizar lo vivido en combate, sino lo que vino después, al regreso. La posguerra, tras llegar escondidos por nuestros superiores, implicó un desafío constante para reinsertarnos en una sociedad que nos daba la espalda y que ya no era la misma. Fue el comienzo de un doloroso camino acompañado de sentimientos destrozados por el horror vivido.

La bienvenida quedó para el hogar. Emulando sus prácticas de ocultamiento y desaparición, los militares intentaron esconder a los que habíamos regresado, y nos prohibieron hablar sobre el conflicto. Querían que calláramos, y en consecuencia olvidar. Pero expresar lo que habíamos vivido era el primer paso, necesario, para exorcizar nuestro infierno interior y empezar a curar las heridas. Así, el dolor, las cicatrices, las humillaciones, la frustración, el desengaño y la furia quedaron dentro de cada uno de nosotros hasta tornarse, en varias ocasiones, insoportables.

Durante varios años, en los inicios de la democracia, hubo un acuerdo tácito para olvidar la guerra, era una carga demasiado pesada. Nuestra sociedad aceptó el hecho pero nunca se animó a preguntarse los porqués de esa guerra. Fue ajena, distante; parecía ignorar a los ex combatientes. El silencio nos empujó hasta el límite y, en muchos casos, hasta el suicidio. Es por eso que ya son más de quinientos los veteranos que se quitaron la vida, número que supera el de los muertos en combate. Además de ser los grandes derrotados, parecíamos los responsables de ese fracaso al que se llegó por decisión militar.

La posguerra fue un volver a empezar con la carga de una experiencia que nos partió en dos; un volver a empezar sin reconocimiento ni políticas estatales para los ex soldados. De alguna forma se combatió a los propios soldados, dándonos en buena parte la espalda, obligándonos a la marginación, el olvido, la indiferencia.

Recién en 1999 se iniciaron viajes para ex combatientes y se consolidaron de manera relevante en los primeros años del nuevo milenio. Veinte años después de la derrota, logramos acciones directas que ayudarían a instalar la causa Malvinas en la sociedad y justos beneficios por parte de los gobiernos.

LOS JÓVENES ACTUALES

Mi regreso a las islas en 1999, en el primer viaje de argentinos, fue una forma de cerrar las heridas. Allí encontré, sobre la turba mojada, entre los pertrechos que dejaron las huellas de la guerra, las zapatillas Flecha, nuestro calzado optativo en aquellos fríos días del conflicto bélico.

Cinco años más tarde, en el santuario de Cromañón, nuevamente las zapatillas simbolizaban la tragedia de la muerte de 197 chicos y chicas. Una vez más, ese calzado típicamente "joven" daba cuenta de la edad de las víctimas de una nueva tragedia. En ese momento recordé la canción "Para la vida", de León Gieco, cuando dice: "Ayer por no querer a la patria y ahora por quererla demasiado". En los setenta mataban a los jóvenes por pensar diferente, en los ochenta nos llevaron a una guerra injusta, como todas

las guerras, y en los noventa, con Cromañón, fueron víctimas de la corrupción y del absurdo.

Recién en estos tiempos los jóvenes recobran un nuevo protagonismo en la realidad del país y empiezan a ser tenidos en cuenta. Ojalá podamos lograr un diálogo intergeneracional para que ellos tengan herramientas que les permitan crear el futuro que los espera.

A nuestros dieciocho años, en plena dictadura militar, en medio del horror y la muerte de la guerra, pensar era lo que se pretendía prohibir; el silencio y la no libertad eran impuestos y nos vedaban la posibilidad de expresarnos y debatir. El silencio se convirtió en parte de nuestra rutina, vivíamos en un constante clima de omisión, todo se tapaba, todo se ocultaba.

Por suerte hoy la democracia que vamos consolidando permite a las nuevas generaciones expresarse en libertad, pensar, participar, militar (cuantas palabras que para nosotros estaban prohibidas), construir un camino sin muerte, sin sangre, sin guerras. Siento una sana envidia cuando observo a jóvenes, a estudiantes que debaten, fundamentan sus pensamientos, su disidencia, o manifiestan su natural rebeldía en absoluta libertad.

Quiero que mis hijos puedan crecer sin mis cruces, sin mis fantasmas, sin mi angustia, sin mis silencios, sin el temor a las bombas, sin el recuerdo de la turba mojada, del frío austral, del hambre, de la mirada de muerte. ¿Quién piensa en morir en la adolescencia? Tener presente ese pasado ojalá sirva para no cometer los mismos errores.

Para los que estuvimos como soldados en Malvinas transmitir a los jóvenes ese pasado es también darnos la oportunidad de resistir e intentar dejar de ser

sobrevivientes. Escribir es la forma de sanar, de liberar y, en mi caso, es el mejor remedio para calmar el pesar, sostenerme en la vida y trazar este camino que a lo largo de los años he recorrido. Como adulto me permito compartir mi experiencia para sumar al debate que se hace necesario cada 2 de abril.

A treinta años de la guerra, en las páginas de *Las otras islas* reconocidos escritores argentinos aportan su pluma y relatan la misma búsqueda humana sobre aquella experiencia. A través de ellos, con la lectura de sus ficciones, podremos echar luz sobre un hecho traumático, silenciado y revestido de una carga compleja y reflexionar sobre nuestra historia, revisarla e interpretarla. Los distintos cuentos nos estimulan a pensar y a abrir dimensiones, a ejercer la memoria sobre uno de los hechos más dolorosos de la historia reciente de los argentinos. También ofrecen nuevas herramientas que estimulan a las generaciones posteriores a la guerra a que se hagan nuevas preguntas y busquen respuestas que les permitan tomar posición frente a su realidad como ciudadanos.

Las narraciones de estas páginas honran a esos jóvenes de ayer que perdieron sus vidas sin la posibilidad de elegir un destino, como también a los hombres que volvieron y decidieron no vivir más por la carga de las batallas. A partir de estos relatos de un pasado común, ojalá construyamos juntos un futuro en paz, cada vez más democrático y justo.

Por la vida.

Edgardo Esteban

Periodista y ex combatiente de Malvinas

LA PENITENCIA

MARCELO BIRMAJER

Esta historia transcurre durante la Guerra de las Malvinas, entre abril y julio de 1982. Hoy tengo amigos a los que les llevo tres años, y otros tantos que me llevan tres años a mí. A medida que pasa el tiempo, las edades son menos y menos importantes: después de los treinta, el mundo se divide entre mayores y menores de edad, sin hilar fino entre si un amigo tiene cuarenta, cuarenta y dos o treinta y cinco. Pero por entonces, Rafael y yo teníamos quince años y, por los motivos que inmediatamente especificaré, tres años de edad eran una diferencia que separaba a las personas entre la vida y la muerte.

Rafael, como llamaremos al protagonista de esta historia, tenía un hermano mayor que, en abril de 1982, había cumplido dieciocho años, y no quince, como Rafael, ni como yo. De modo que, como otros hermanos de mis amigos, fue enrolado por una dictadura asesina para ir a luchar en esa guerra en el Atlántico Sur.

Rafael nunca había sido revoltoso, ni sus padres tenían mayores motivos de queja respecto de sus hijos. Pero desde que habían mandado a su hermano Lucas a las Malvinas, Rafael pasaba mucho tiempo en mi casa, porque los padres le gritaban por cualquier cosa. Como yo iba a una escuela estatal, coincidíamos chicos de todas las clases sociales, y Rafael era uno de los más pobres. No era lo que hoy llamaríamos un "pobre", porque nunca le faltó para comer ni de vestir. Pero toda la familia, padre, madre y los dos hermanos, vivían en un departamento de dos ambientes, y eso por entonces era considerado una carencia, al menos de espacio.

El padre de Rafael era sereno en un garaje; pero, desde que Lucas había sido enviado a las Malvinas, no lograba dormir de día, y se dormía por las noches en el trabajo, hasta que terminaron echándolo. La madre era cajera en un supermercado. Pasó a mantener a la familia.

Desde el frente casi no llegaban cartas, porque todo era muy desorganizado. Los padres de Rafael no sabían dónde estaba Lucas ni en qué condiciones. No sabían si lo habían matado, si lo habían hecho prisionero; ni siquiera si había entrado o no en combate. Como no podían hablar de lo único que les interesaba, ni siquiera hablaban. Y tampoco soportaban que Rafael hablara.

Cuando hoy repaso las historias que presencié en el '82, me cuesta aceptar que fui un adolescente en un país en guerra, que estuve junto a padres que miraban la televisión esperando enterarse del destino de sus hijos, que seguía en los diarios la suerte de nuestros hermanos en una tierra que parecía situarse en otro planeta —nuestros

jóvenes llegando a las Malvinas como astronautas a la Luna: sin máscara de oxígeno ni traje para soportar la falta de gravedad—, que escuchaba al almacenero o al mozo confesar su miedo a que los ingleses bombardearan la Argentina. Es difícil concebir, cuando hoy miro una película de guerra por la tele, que yo estuve sentado en silencio, en un living, mientras una madre y un padre miraban el noticiero de una guerra real, donde su hijo era el único protagonista que les importaba, y ningún guionista podía decidir su vida o su muerte. Solo el destino.

Aquellos fueron días terribles. Yo recuerdo gente llorando a mi lado, en un colectivo, mientras miraban pasar una marcha de personas que recolectaban dinero para los soldados argentinos. Recuerdo con precisión a cada uno de los chicos de mi colegio, fueran del curso que fuesen, que tenían un hermano en Malvinas. Y me acuerdo especialmente de Rafael.

Lo que Rafael me contó varios años después fue que sus padres le habían prohibido abrir la puerta del cuarto. El padre y la madre de Rafael ocupaban un ambiente de la casa, y Rafael y Lucas, el otro. Mientras los dos hermanos estaban en la casa, la puerta del dormitorio de los padres permanecía abierta; pero cuando Lucas fue enrolado, los padres se encerraban en el cuarto y le prohibían a Rafael abrir la puerta. Rafael pasaba tardes enteras en silencio, en su lado de la casa. Aunque no era un buen lector, su mayor distracción era la llegada del diario *La Razón*, cuya sexta edición pasaba bajo las puertas alrededor de las siete de la tarde. Recibía el diario y leía primero los chistes, porque le daba miedo leer las noticias de la guerra, miedo

enterarse de que su hermano había muerto. Luego iba avanzando lentamente por la parte de espectáculos, hacia política nacional y finalmente llegaba a las primeras páginas, todas dedicadas a la guerra. Las leía temblando, y pensando en el momento en que irrumpiría en el cuarto de sus padres para decirles que su hermano no regresaría. O que simplemente se pondría el diario bajo el brazo y se iría de la casa para no volver nunca más.

Cierta tarde de fines de junio, Rafael llegó a mi casa con una mochila verde. En la mochila llevaba una cantimplora y un pulóver grueso de lana. Estaba decidido a encontrar el modo de viajar a las Malvinas para saber qué pasaba con su hermano. Le dije que era imposible: primero, nadie lo llevaría a las Malvinas. Y, segundo, sus padres estaban desesperados por la suerte de un hijo, ¿los iba a rematar desesperándolos también por la suerte del otro? Rafael replicó que a los padres no les interesaba su suerte. Pero yo le dije que no se equivocara: a veces, incluso las personas que más nos aman no saben cómo comunicarse con nosotros. Creo que Rafael renunció al viaje simplemente porque no hubo manera de que lo concretara. De algún modo, los padres se enteraron de su idea y lo castigaron severamente. Hasta aquel día, si bien no podía abrir la puerta del cuarto de los padres, al menos podía golpear a la puerta o decir algo desde su ambiente. Pero luego del episodio de la mochila verde le prohibieron hablar o golpear a la puerta, y sólo se comunicarían con él cuando ellos lo decidieran.

Unos días después, Rafael estaba en su casa y el diario no llegaba. De la habitación de los padres no

provenía ni un sonido. Se habían hecho las ocho de la noche y todo parecía indicar que el diariero se había olvidado de aquel departamento. Entonces, apenas unos minutos después, Rafael irrumpió en el cuarto de sus padres. Desobedeció la orden de no entrar, se rebeló contra la penitencia y realizó el más prohibido de los actos, según la regla familiar. Pero los padres no estaban en el cuarto. La situación era imposible, porque él los había visto encerrarse en el cuarto un par de horas antes. No había ninguna otra salida: el ambiente de Rafael daba a la puerta de calle. ¿Se habrían encerrado en el armario?

Rafael sacó el diario de debajo de su axila, porque se lo había puesto bajo el brazo para abrir la puerta, lo extendió en el aire de la habitación, y de pronto los padres aparecieron en la cama. Es el día de hoy que Rafael no termina de explicárselo a sí mismo, y mucho menos a mí. Entró al cuarto de sus padres: la cama estaba desarreglada y vacía —aún recuerda el color de las sábanas, y la huella de las cabezas en las almohadas—, el armario cerrado, un silencio fantasmagórico, y los padres no estaban. El velador estaba encendido, y su luz de por sí mortecina parecía aun más apagada en aquel cuarto misterioso. Y, en cuanto abrió el diario, la madre apareció, sentada en una silla, junto a la cama, y el padre al lado, vestido con una camisa sucia y un pantalón viejo. El velador pareció refulgir hasta alumbrar no sólo el cuarto, sino también el resto de la casa: el diario decía que la guerra había terminado, y en la página dos, en una fila de conscriptos con la cabeza gacha, se veía con nitidez a Lucas, vivo, como si les estuviera diciendo que la

espera había terminado, que aquel diario era la única carta que había podido enviarles desde el infierno, y que pronto llegaría a tierra.

En *El compañero desconocido*,
Buenos Aires, Alfaguara, 2005.

MARCELO BIRMAJER

Nació en Buenos Aires, en 1966. Es escritor y guionista.

En Alfaguara ha publicado para jóvenes los libros de relatos *Piedras volando sobre el agua* (2000), *Los Caballeros de la Rama* (2003), *El compañero desconocido* (2005), *Fábulas salvajes* (2006), *Mitos y recuerdos* (2007), *Hechizos de amor* (2010) y las novelas *La Isla Sin Tesoro* (2008), y *El túnel de los pájaros muertos* (2010). Para los más pequeños, escribió, entre otras obras, *Juicio al Ratón Pérez* (2009) y *Garfios* (2010).

Para adultos publicó los cuentos de *El fuego más alto* (1997), *Ser humano y otras desgracias* (1997), *Historias de hombres casados* (1999), *Nuevas historias de hombres casados* (2001), *Últimas historias de hombres casados* (2004) y las novelas *No tan distinto* (2000) y *Tres mosqueteros* (2001).

Es coautor del guión cinematográfico *El abrazo partido*, ganador del premio al Guión Inédito en el Festival de Nuevo Cine Latinoamericano de La Habana 2002; del Oso de Plata de Berlín 2004, y del premio Clarín al mejor guión y la mejor película.

Se desempeñó como redactor y colaborador en más de una cincuentena de medios gráficos de habla hispana.

Traducido a varios idiomas, fue honrado con el premio Konex 2004 como uno de los cinco mejores escritores de la década 1994-2004 en el rubro Literatura

Juvenil. En 2005, *The New York Times* lo definió como uno de los más importantes escritores argentinos de su generación.

EL PUENTE DE ARENA

LILIANA BODOC

A veces, los cuentos son retumbos y destellos de hechos ciertos. Contamos lo que ocurrió. Otras veces, los cuentos son pedazos de sueños. Contamos para que ocurra.

El soldado fue tomado prisionero en los últimos días de la guerra. Y aguardaba su destino en un campamento enemigo situado muy cerca del mar. Ese mismo amanecer había escuchado los sonidos de una escaramuza lejana. Sin embargo, no alentaba esperanzas en su corazón. Nadie vendría a rescatarlo... Pertenecía al ejército derrotado, y sólo podía recordar muertos.

La guerra que estaba terminando se parecía a cualquier otra. Corrió la gente hacia el horizonte pero el horizonte era un abismo. El campesino sacudió el árbol de naranjas y, en vez de frutos dorados, cayeron pájaros sin alas. Se despertó una niña sobre un lecho incendiado. Las fotos se quedaron solas porque ya no había nadie que supiera sus nombres.

El prisionero caminó hacia la orilla del mar seguido de cerca por un soldado que lo custodiaba. El soldado tarareaba una canción que el prisionero no podía comprender. Y, aun así, pensó que aquella no parecía una canción de victoria.

Cuando llegaron a la orilla, el soldado señaló el agua. Por primera vez en muchos días el prisionero tuvo ganas de sonreír. Con apuro desató los cordones de sus botas, se descalzó y corrió hacia el mar sacudiendo los brazos tal como hacía cuando era un niño.

El prisionero había pasado su vida entera cerca del mar, en un sitio donde la tierra era de arena. Y hasta que la guerra llegó a la pequeña aldea de pescadores, fue feliz con su amada, su red y su bote.

Pero esos días habían quedado atrás, tapados por el humo de una guerra que él no entendía.

El prisionero regresó a la orilla. El soldado le miró la ropa empapada y alzó la cara al cielo como diciendo que aún había tiempo para estar al sol.

Entonces, el prisionero se arrodilló sobre la arena húmeda y comenzó a levantar una montaña.

Sus castillos de arena eran famosos y celebrados en su aldea. Los pescadores se juntaban a su alrededor para verlo trabajar. Y cuando la obra estaba terminada esperaban juntos, comiendo pescado frito y tomando cerveza, hasta que la marea la deshacía.

El soldado se acercó al prisionero con andar lento, procurando disimular su curiosidad.

Su sonrisa desdeñosa escondía un recuerdo de veranos fríos, junto a un mar que no quería jugar con los hombres. Quizá por eso, su abuelo le había enseñado a

levantar castillos de arena que no se comparaban con ningún otro. Luego esperaban juntos, abrazados para darse calor, hasta que llegaba la marea.

El soldado observó la obra del prisionero. Al parecer, ese hombre sabía lo que estaba haciendo. Pero, por mucho que se esforzara, su castillo jamás alcanzaría el esplendor de aquellos que su abuelo le había enseñado a construir.

Animado por los recuerdos, y deseoso de ganar otra batalla, el soldado comenzó su propio castillo.

El prisionero erguía una torre y el soldado trazaba pasadizos. El prisionero levantaba escaleras. El soldado, rampas zigzagueantes. Con minaretes y campanarios, crecieron los castillos de arena blanca. Y nadie, ni el mar mismo, hubiese podido decir cuál de los dos era más bello.

El prisionero terminó de moldear la última torre. Y supo que ya no podía hacer otra cosa.

El soldado se sacudió las manos... Eso era todo.

Los hombres se miraron en silencio. Muy pronto llegaría la marea a barrer la playa.

El prisionero y el soldado entendieron que solamente había un modo de lograr que la arena se hiciera inolvidable.

No es posible saber cuál de los dos sonrió primero. Y acaso no importe.

Pero de ambos lados comenzó a avanzar un puente. Un magnífico puente de arena que unió dos castillos y a dos hombres a orillas de la guerra.

En *Amigos por el viento*,
Buenos Aires, Alfaguara, 2008.

LILIANA BODOC

Nació en la ciudad de Santa Fe el 21 de julio de 1958. Siendo muy pequeña se trasladó con su familia a la provincia de Mendoza. Cursó la Licenciatura en Literaturas Modernas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Ejerció la docencia durante algunos años. Su primera novela, *Los días del Venado* (primera parte de la trilogía épica fantástica *La Saga de los Confines*), fue editada en el año 2000 y recibió los siguientes galardones: Primer premio de narrativa 2001 de la Fundación "Fantasía Infantil y Juvenil"; Distinción del IBBY (Internacional Board on Books for Young People), 2001; Distinción White Ravens, 2002, otorgada por la Internationale Jugendbibliothek (Alemania); Premio Calidoscopio (Venezuela), 2003.

En octubre de 2002 se editó *Los días de la Sombra*, que recibió el Premio Calidoscopio (Venezuela) en la categoría de Ganadores Juveniles 2003.

Su libro de cuentos *Sucedió en colores* (2004) recibió la recomendación del jurado del concurso Fundalectura, y *Reyes y pájaros* fue recomendado por el Banco del Libro de Venezuela como uno de los mejores libros de 2008. También ganó la séptima edición del Premio de Literatura Infantil El Barco de Vapor (2008) que organiza Ediciones SM de la Argentina con su novela *El espejo africano*.

En Alfaguara publicó *Diciembre Súper Álbum* (premio Alija 2004), en 2008 *El mapa imposible* (seleccionado por el Banco del Libro de Venezuela), *Amigos por el viento* y *Sucedió en colores* (2011).

CLASE 63

PABLO DE SANTIS

Un sábado de febrero de 1982 entré en la peluquería que estaba enfrente de mi casa. Los peluqueros eran dos: Alberto y Luigi. Alberto era argentino y cortaba muy bien. Luigi era italiano (había venido a Buenos Aires en 1946, meses después del fin de la guerra) y cortaba muy mal. Todos los clientes querían atenderse con Alberto. Yo prefería con Luigi, para no tener que esperar. Esa mañana pasé frente a los tres clientes que esperaban a Alberto y me senté en el sillón siempre vacío de Luigi:

—Rapado, por favor.

—¿Rapado?

—Me llegó la carta del servicio militar. El lunes tengo que presentarme en el cuartel.

Entre peluqueros y clientes hubo un murmullo equidistante entre la compasión y un vago orgullo viril, del tipo "en la colimba se hacen los hombres". Pero pronto la conversación volvió a su cauce natural: el fútbol.

Alberto hablaba todo el tiempo, siempre de Independiente. Luigi no hablaba nunca, excepto cuando decía su frase de cabecera. Gramaticalmente eran tres

frases, pero podemos considerarla solo una. Todos los pequeños problemas y preocupaciones de los clientes quedaban aplastados por esa sentencia. ¿Quién se hubiera atrevido a discutirle? La charla interminable de Alberto nos hablaba de los pequeños placeres y percances que hacen nuestra vida. La frase única de Luigi nos recordaba el feroz peso de la Historia. Había que escuchar a uno y a otro para tener una mirada equilibrada sobre el significado de las cosas.

Esa mañana alguien se quejó de cuánto costaba la platea en River y agregó que no podía llegar a fin de mes, aunque febrero fuera tan corto. Alberto suspiró con fastidio: ese paso del fútbol a la realidad le iba a dar pie a Luigi para salir de su silencio y decir su frase, que desanimaba a todo el mundo. Así fue. Luigi, sin apartar sus ojos de mi ya despoblada cabeza, dejó caer su sentencia de siempre:

—Ustedes no saben lo que es el hambre. Ustedes no saben lo que es el frío. Ustedes no saben lo que es la guerra.

Silencio. ¿Qué podíamos decir nosotros, los que no conocíamos el hambre, el frío, la guerra? Pronto Alberto tiró el nombre de algún borroso defensor de Independiente y la conversación revivió.

El lunes siguiente antes del amanecer fui en tren hasta el cuartel, en Ciudadela. Era el GADA 101. Ya no existe. GADA quería decir Grupo de Artillería de Defensa Antiaérea. Debíamos ser unos doscientos. La mayoría nos habíamos rapado, y otros tuvieron que pasar

por los peluqueros del ejército, tres soldados clase 62 que se ensañaban con los novatos. Nos entregaron un bolso grande, un uniforme de combate (color verde), un uniforme de fajina (color marrón), un par de zapatillas Flecha y un equipo de vajilla de aluminio, abollado por generaciones de soldados. Cuando nos llevaron a elegir borceguíes, los que quedaban eran muy chicos o muy grandes. Tuve que elegir un 45, cuatro números más grandes que mi pie.

—Rápido, señoritas, rápido —alentaba un cabo.

Nos llevaron en camiones hasta un campo en Ingeniero Maschwitz. Nos separaron en dos grandes grupos y estos a su vez en pelotones de ocho soldados cada uno. Armamos las carpas de lona vieja bajo unos altos eucaliptos.

El segundo día me hice amigo de Aguirre, que vivía en Flores y al que también, como a mí, le gustaban los libros. No podíamos leer, por supuesto, pero al menos podíamos conversar de los libros que habíamos leído. Una mañana le señalé a dos soldados que yacían en el suelo, a unos veinte metros del campamento. Estaban boca arriba, las manos y los pies separados y atados a estacas, como en una ilustración del *Martín Fierro*. Aguirre dijo que si él tenía que pasar todo el día al sol, inmóvil, con las hormigas caminándole por la cara, se moría. Pero entonces se oyó una voz serena y segura.

—Esos dos son clase 62. A nosotros no nos pueden estaquear.

—¿Por qué no?

—Somos clase 63, técnicamente no somos soldados, somos reclutas. Nos vamos a convertir en soldados recién

el 20 de junio, cuando juremos la bandera. Entonces sí van a poder estaquearnos.

El que hablaba era Pedro Lanes. Más alto que Aguirre y yo, lo que no quiere decir que fuera alto. Era uno de los pocos que había terminado el secundario, y pensaba estudiar para contador.

De otros castigos, según aprendimos los días siguientes, no podíamos escapar: cavar pozos en medio de la noche, recibir patadas de cabos y sargentos, aplaudir cardos. Pero Lanes nunca tomaba aquellas cosas como algo personal:

—Es una parte de la vida. Se pasa.

Una tarde, en un milagroso minuto de paz, mientras cosíamos las medias rotas y reponíamos botones caídos, Lanes nos preguntó con aire confidencial a Aguirre y a mí:

—¿Se anotaron entre los voluntarios para el curso?

—¿Qué curso?

—Cañones antiaéreos. Empieza apenas volvamos al cuartel.

Nadie nos había hablado de nada. Aguirre susurró:

—Mi padre me dio un consejo: "Nunca seas voluntario para nada. Nunca confíes en ellos. Que no se den cuenta de que existís".

—Yo tengo mis razones para aceptar —dijo Lanes—. Las prácticas de fuego antiaéreo se hacen en el grupo de artillería de Mar del Plata. En Ciudadela no tienen campos de tiro, ahí sí. Sueltan unos grandes globos y les disparan con los cañones. Si acertás, te premian con días de franco.

—¿Y con eso qué? —preguntó Aguirre.

—Quiero conocer Mar del Plata.

Un sargento llamó a Aguirre para que fuera a la cocina a pelar papas. Lanes dijo en voz baja, concentrado en el hilo y la aguja:

—Yo nunca vi el mar.

Me pareció milagroso que hubiera algo que no conociera y yo sí, algo frente a lo cual no sintiera esa alarmante familiaridad con la que caminaba por la vida.

Durante un mes habíamos llevado los fusiles desde el amanecer hasta la noche. Llegó el día en que hubo que cargarlos. Nos repartieron veinte balas a cada uno. Marchamos una hora hasta llegar al campo de tiro. Primero con la rodilla en tierra y luego echados sobre el suelo les disparamos, con viejos y averiados Fals de fabricación belga, a lejanos blancos. Un teniente felicitó a Lanes, que había sido el mejor tirador de la compañía.

Al día siguiente volvimos al campo de tiro, esta vez para disparar con pistolas. Pero nunca llegamos a hacerlo. Desde temprano oficiales y suboficiales habían estado conversando entre ellos. En todo el día nadie nos había insultado ni pateado. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué de pronto nos trataban sin furia ni desprecio, como si el invisible pecado que nos había llevado hasta allí hubiera sido perdonado?

Con Aguirre consultamos a Lanes, que todo lo sabía.

—Acabamos de tomar Malvinas.

—¿Qué?

—Lo que oyen. Se suspende todo.

—¿La práctica de tiro?

Nos miró como a niños:

—La instrucción, el campamento, todo. Volvemos al cuartel.

Uno de los subtenientes que estaban a cargo de nuestra compañía nos reunió y confirmó la versión de Lanes. Dio una pequeña arenga, pero se notaba que estaba nervioso. Otros oficiales, en cambio, lucían exaltados, se abrazaban y reían. En silencio volvimos al campamento. Desarmamos las carpas y subimos a los camiones. Cuando partimos, ya era de noche.

Mientras en las tapas de los diarios y en la televisión sólo había noticias de triunfos, en el cuartel había constantes rumores de desastres y de muertes. No podíamos saber nada con certeza: no lo teníamos a Lanes. Todos los que sabían manejar los cañones antiaéreos habían sido movilizados.

Poco después de la rendición me dieron la baja, igual que a casi todos los soldados del país. Volví a la vida civil, dejé de afeitarme y de cortarme el pelo. Ya había empezado la primavera cuando me encontré en la calle con Aguirre. Antes de que tuviera tiempo de preguntar, me dio la mala noticia: Lanes había muerto durante uno de los últimos ataques ingleses, en las afueras de Puerto Argentino.

—Fue poco antes de la rendición, en medio de una retirada. Habían estado tirándoles a los aviones ingleses. Cuando los proyectiles daban en el blanco, no estallaban. Toda la munición estaba arruinada. Lanes y un soldado clase 62 quedaron en la retaguardia. Estaban

terminando de levantar los equipos cuando una bomba los alcanzó.

Yo tenía diecinueve años: no pensé en padres o hermanos, no pensé en la red que une a cada uno con los demás, en el daño de una muerte en otras vidas. Ni siquiera pensé en el otro caído, el soldado clase 62. Pensé en la muerte de Lanes como un hecho aislado, como si hubiera ocurrido en el interior de un laboratorio o en la superficie de un planeta distante.

Con Lanes la frase del peluquero Luigi no se cumplía. Él sí había conocido el hambre, el frío y la guerra.

—Le dije que no se ofreciera de voluntario —dijo de pronto Aguirre—. Que nunca confiara en ellos. Él, que sabía todo, ¿cómo no sabía eso? ¿Por qué aceptó?

La pregunta no era para mí. No era para nadie. Igual respondí:

—Quería conocer el mar.

PABLO DE SANTIS

Nació en Buenos Aires en 1963. Es licenciado en Letras (Universidad de Buenos Aires). Ha trabajado como periodista y guionista de historietas.

Escribió varias novelas para adolescentes, entre ellas: *La sombra del dinosaurio*, *Enciclopedia en la hoguera*, *Páginas mezcladas*. En Alfaguara Juvenil publicó *Lucas Lenz y el Museo del Universo* (1992), *Las plantas carnívoras* (1995), *El inventor de juegos* (2003), *Lucas Lenz y la mano del emperador* (2006), *Desde el ojo del pez* (2008), *El buscador de finales* (2008) y *El juego del laberinto* (2011).

También es autor de las novelas para adultos *La traducción* (1998), *Filosofía y Letras* (1999), *El teatro de la memoria* (2000), *El calígrafo de Voltaire* (2001), *La sexta lámpara* (2005), *El enigma de París* (2007), Premio Planeta-Casamérica y Premio de Novela de la Academia Argentina de Letras, y en 2010 publicó *Los anticuarios*.

MEMORÁNDUM ALMAZÁN

JUAN FORN

Todavía pienso en Aranguren, después de todos estos meses. Hay momentos en que incluso pagaría por haber estado en su cabeza, desde que empezó el asunto hasta el colapso final. A eso de las cuatro de la tarde generalmente, en esa isla de silencio en que teléfonos, fax y télex, e incluso el rumor del aire acondicionado, parecen conjurarse en una tregua sabática, una tregua que deja la embajada en pavorosa quietud, en esos momentos miro por la ventana de mi oficina, veo afuera las ramas inmóviles de los robles y el cielo blanquecino de Santiago y pienso en Aranguren, y me doy cuenta de que jamás voy a entender del todo cuál fue la razón que hizo que un tipo como él, un trepador tan prolijo y calculador, dejase que un asunto como ése truncara su carrera hacia el parnaso diplomático.

Para todos, el verdadero misterio, la clave del misterio, era el chico. Para mí no. La locura (si es que el chico estaba loco) y la farsa (si era apenas un farsante excepcional) no se plantean como misterios; son, para

mí, únicamente lo que parecen: mera locura y farsa. Pero en esos momentos en que todo se inmoviliza en Santiago, me pregunto cómo fue el proceso mental de Aranguren, en qué momento se inclinó la balanza y empezó a desmoronarse el modelo que se había impuesto hasta entonces para su vida diplomática. Y me gustaría saber si también él seguirá dándole infinitas vueltas al asunto, en el bungalow de mala muerte que le habrá dado la Takaoka Ship en Yakarta.

El invierno en Santiago termina con violencia. Una lluvia fuertísima extingue el frío y, de un día para el otro, la ciudad entera florece. Literalmente. El agua alimenta las plantas, los árboles, el pasto, castigados por la helada y el frío seco chilenos y, acto seguido, el sol irrumpe y hace revivir casi milagrosamente el reino vegetal. Dura muy poco: unos días, con suerte dos semanas, y eso es la primavera, acá en Santiago. Pero créanme que es una época de gloria. Los colores lastiman casi, las flores parecen a punto de explotar y el cielo vira a un azul que a mí me hace pensar en Mar del Plata, o en lo que era Mar del Plata fuera de temporada, antes del agujero de ozono.

En algún momento de esas dos semanas apareció el chico por primera vez. Se plantó frente a los portones de hierro de la embajada y, cuando los guardias le preguntaron qué quería ahí, se limitó a darles el primer papel garabateado:

SOY ARGENTINO
EX COMBATIENTE EN LAS ISLAS
QUIERO VER AL EMBAJADOR
NO ME VOY A MOVER DE ACÁ

HASTA QUE ME RECIBA
NO QUIERO ARMAR LÍO
SOLAMENTE OFRECERLE ALGO
PERO A ÉL EN PERSONA

Parecía ignorar el calor. Tenía el pelo muy largo, borceguíes y una campera azul, barata, cerrada hasta el cuello. Habrá llegado alrededor de las tres, y el papel tardó más de media hora en recorrer el circuito jerárquico hasta nuestras oficinas. Aranguren estaba más alto en el escalafón, pero entró cuando una de las secretarias acababa de leérselo a la otra. Las dos miraban disimuladamente por la ventana, Rita con el papel en la mano, y se preguntaban en voz alta que debían hacer, cuando oyeron la voz de Aranguren a sus espaldas.

Las secretarias del mundo parecen tener una característica en común, que los años de trabajo nunca borran del todo: la capacidad de ver vulnerables y conmovedores a todos los dementes que aparecen por esa oficina exigiendo entrevistas con sus jefes. Rita y Teresa son algo así como paradigmas de la raza secretarial, y cuando Aranguren les pidió el papelito con esa incurable sequedad tan suya, las dos se pusieron en el acto a favor del chico. Creyeron que estaba a punto de ocurrir una tremenda injusticia que ellas hubiesen podido, si no remediar, al menos atenuar con su maternal corazón de secretarias solteras.

Todos en la embajada le tenían pavor a Aranguren; especialmente los que estaban a sus órdenes. Es decir, casi todos: porque Aranguren era el ministro consejero. Incluso el embajador prefería, hasta donde

le era posible, manejar sus asuntos conmigo y dejar el resto de la embajada a disposición absoluta de Aranguren, para que hiciera y deshiciera sin consultarlo (así son los políticos metidos a diplomáticos: les abruma la puntillosidad de los tipos de carrera).

A mí me sorprendía un poco ese temor generalizado. Creo que el propio Aranguren era hasta cierto punto inocente de eso; estaba demasiado ocupado en su ascenso sin pausas. En mi opinión, ese miedo atávico es precisamente lo que, por misteriosas razones, saca a la luz lo peor de uno, y lo que hacía que todos se vieran, delante de Aranguren, sólo como aquello que los avergonzaba de sí mismos. Es más, creo que Aranguren ignoraba que le tuviesen miedo; en todo caso creía que lo resentían un poco por su desinterés en relacionarse con ellos.

Esa tarde, después de leer el papelito, se encerró en su oficina sin decir una palabra y, cinco minutos después, dijo por el intercomunicador que hicieran entrar al chico. Rita preguntó quién tenía que recibirlo y Aranguren dijo que lo iba a recibir él en su oficina. Rita miró incrédula a Teresa, dijo en voz baja que le parecía que estaba por pasar algo que no debía pasar de ninguna manera y Teresa decidió venir a mi oficina a contarme. A todo esto, ya habían pasado más de cuarenta minutos, pero el chico seguía imperturbable a quince centímetros de la reja, ignorando el sol y el fastidio de los guardias. Sólo daba un paso al costado cuando entraba o salía algún auto, sin fijarse quién iba adentro.

Uno de los autos que salió llevaba al embajador a una audiencia. No sé si Aranguren estaba mirando por la ventana en ese momento, y si fue o no entonces que

empezó el cambio subterráneo e incontrolable de su personalidad, pero yo sí estaba mirando. Teresa acababa de contarme todo y me había señalado al chico allá abajo, y les aseguro que fue un momento más bien desdichado. Los dos reconocimos el auto del embajador pero no dijimos nada. Yo pensé fugazmente en la naturaleza intrínseca de la injusticia, cosa que puede parecer absurda; pero basta detenerse a pensarlo para coincidir conmigo en que el signo principal que separa a los infelices del resto del mundo es su permanente desencuentro con el lugar adecuado y el momento adecuado. Y lo que los hace realmente infelices es lo cerca que le pasan siempre a ese momento y a ese lugar.

Rita apareció en mi oficina y dijo que acababa de avisarles a los guardias, mientras nosotros veíamos por la ventana cómo se abrían de nuevo los portones, esta vez para el chico, y cómo le señalaban por cuál puerta entrar en el edificio. Rita suspiró, me preguntó si iba a hacer algo y entendió enseguida lo único que yo podía contestarle sin desautorizar a Aranguren.

—Qué horror —dijo y salió de mi oficina detrás de Teresa. Más que horror, a mí el asunto empezaba a inquietarme. Hay algo en la naturaleza de todo diplomático que nos hace temer las situaciones imprevistas. Nuestro trabajo, nuestra vida misma, se rigen por un férreo código protocolar que nos evita toda sorpresa incómoda. Y con sorpresa quiero abarcar todo aquello que nos involucra y compromete, sin que nos demos cuenta y de una manera no protocolar, en asuntos que nos llevan a actuar guiados por intuiciones de consecuencias incontrolables, que nos meterían por

un instante en esa vida que late desordenada y espasmódica fuera del micromundo diplomático.

La misión de Aranguren (y la mía también) era evitar justamente que esas irrupciones impredecibles del mundo externo afectaran el ritmo de la embajada, la jornada anímica del embajador o, menos que menos, el nirvana de la Cancillería en Buenos Aires. Por eso mi inquietud: ese chico podía ser una amenaza más a nuestro delicado equilibrio cotidiano, por alguna razón que no estaba del todo clara ni importaba demasiado todavía, y yo empezaba a sospechar que había que mantenerse muy atento, antes de que todo derivase en un problema.

Esto fue lo que pasó, según me contó Teresa: el chico entró con su anotador y su lápiz en la mano, se frenó delante del escritorio de Rita, le sonrió sin la menor intensidad facial y escribió en la primera hoja de su bloc:

¿ME VA A RECIBIR EL EMBAJADOR?
OIGO PERFECTAMENTE
LO QUE NO PUEDO ES HABLAR

Rita leyó y, cuando levantó la cabeza, no supo adónde mirar sin ofender al chico. Al final se las arregló para decirle que el embajador no estaba y que iba a recibirlo el doctor Aranguren, ministro consejero.

Entonces empezaron los problemas. El chico no quería ver a ningún ministro, no tenía apuro y estaba dispuesto a esperar lo que fuese necesario. Pero tenía que hablar con el embajador en persona. Rita ya empezaba a ponerse nerviosa, o quizás estuviera nerviosa desde antes, así que Teresa decidió cortar por lo

sano y entró en la oficina de Aranguren. En el momento en que reapareció con él, Rita estaba diciéndole al chico que Aranguren era una especie de viceembajador y que el embajador no se encargaba en persona de ningún asunto que no hubiese pasado antes por los consejeros, o sea que no tenía nada de malo que el chico le explicase al ministro las razones de su visita, salvo que prefiriese explicárselas a ella. Al ver a Aranguren se interrumpió en la mitad de una frase y siguió escribiendo a máquina. El chico también lo miró y, según Teresa, le cambió la cara.

Para que se entienda esto hay que describir a Aranguren. Como muchos en el servicio diplomático, como muchos arribistas en general, Aranguren tenía una estampa casi perfecta: alto, ancho de hombros, facciones mediterráneas y una sonrisa más bien infrecuente pero bastante irresistible cuando necesitaba apelar a ella. Digo tenía porque, después del escándalo, empezaron a aparecerle tics en la cara y en los hombros, que le deformaban la expresión y la caída de los trajes, detalles ínfimos pero decisivos en un tipo que usaba su apariencia como tarjeta de presentación. Sin embargo, cuando vio al chico por primera vez estaba en sus mejores días, en uno de esos días en que cualquiera hubiese pensado que era el embajador, si se pasaba por alto su notoria juventud. Aranguren le dio la mano y lo hizo pasar a su oficina. Lo insólito, según Teresa, fue el silencio. Como si la mudez del chico cohibiese a Aranguren; como si le costase encontrar, delante de Rita y Teresa, las palabras adecuadas para tratar con alguien que sólo podía asentir y negar con la cabeza o, más patéticamente todavía, contestar con papelitos.

Lo que pasó adentro de esa oficina lo supe meses después por Aranguren mismo, en el bar del Hotel Majestic de Lima, adonde yo tuve que ir en misión relámpago y donde él se había refugiado después de renunciar al servicio diplomático. Ya estaba preparando su viaje a Yakarta, y había empezado a tomar. No mucho, lo suficiente nomás como para soltar la lengua y superar los bruscos ataques de parálisis mental que le daban en esos días. Él fue quien me localizó y él habló la mayor parte del tiempo. Tenía puesta una camisa arrugada y estridente, sin saco, y cuando notó mi perplejidad dijo que había regalado todos sus trajes después de renunciar al servicio. No se lo pregunté, por supuesto, pero por un instante tuve la enfermiza necesidad de saber si se los había dado al chico. A veces siento que sería capaz de auténticas insensateces si me dejara llevar por esa clase de impulsos. Aranguren dijo que, desde que estaba por las suyas, podía ver las cosas desde otro ángulo y que yo era el único de la embajada con el cual tenía sentido hablar del asunto.

—Ahora entiendo lo terrible que debe ser para vos la vida diplomática —dijo—. Yo era uno de los que te prejuzgaban en nombre de la corrección.

No me levanté y me fui en ese momento por mi maldita curiosidad, y porque Aranguren tuvo el mínimo tino de volver al tema que me interesaba y dejar de decir estupideces ofensivas. Pero antes agregó que, a causa de todo el asunto, había descubierto la posibilidad de sacar cosas en claro de sus propias palabras al hablar, atributo de la conversación que nunca antes había ejercido realmente. Y que lo paradójico era que se lo debiese a la mudez de alguien, entre otras cosas.

El chico, parece, esperó a que Aranguren diese el primer paso. Aranguren sintió que recuperaba el habla después de unos cuantos minutos de silencio. El chico seguía sin escribir nada en su bloc y él empezaba a impacientarse. Le preguntó para qué quería hablar con el embajador, concretamente. El chico escribió:

NECESITO PROPONERLE ALGO

Aranguren quiso saber si la propuesta era al embajador como representante del Estado argentino, como autoridad diplomática, o como individuo. El chico dudó. Aranguren dijo que, si el chico le hacía saber la propuesta, él podría ayudarlo con la pregunta anterior. El chico seguía sin convencerse. Entonces Aranguren cometió su primer error: llevado por un impulso increíblemente no protocolar dijo que, como individuo, él podía ser para el chico tan útil como el embajador, sin duda más accesible y, en definitiva, más real.

Esa frase es algo así como un anatema diplomático. Ningún funcionario debe ser del todo real para quien pisa una embajada, incluso en la más trivial recepción. La naturaleza diplomática es inseparable de cierto aire de mascarada, de mise-en-scène, que hace de uno algo tan nítido como evanescente cuando se nos tiene delante. Cuanto más eficiencia desarrolla uno en esta faceta dual, más reduce la posibilidad de definiciones innecesarias y comprometedoras. Aranguren sostenía que nunca antes había tenido que tratar con un discapacitado, y que la mudez del chico (la mudez causada por Malvinas, me permito agregar) había carajeado el curso de la situación.

—Tenés que entenderlo tal como lo sentí yo en ese momento —me dijo aquella noche en Lima—: el chico había perdido el habla para ser un héroe de guerra. Ya sé que suena raro, pero parecía realmente una elección, no una trágica circunstancia. Y con sólo mirarlo sentías que él lo tenía muy claro.

Lo que vio Aranguren en la mirada opaca y sin fondo del chico, en sus diecinueve años y en esos papelitos lacónicos y contundentes, sin embargo, era algo mucho menos épico que empírico, al parecer: una vida decididamente más intensa que la diplomática. Y eso fue (o, al menos, es lo que yo supongo hasta el día de hoy que fue) lo que hizo corporizar a partir de aquella tarde a un Aranguren con el cual el propio Aranguren no estaba para nada familiarizado.

La propuesta del chico era un crédito muy poco ortodoxo: estaba buscando trabajo y tenía la seguridad de que lo contratarían en un estudio jurídico que había pedido un dactilógrafo con conocimiento de leyes en los clasificados de *El Mercurio*. El único obstáculo era su vestimenta. Sabía que no tenía la menor oportunidad con ese aspecto; necesitaba plata para un traje, camisa, corbata, zapatos y un corte de pelo.

NO ESTOY MENDIGANDO NADA
LO QUE ME PRESTEN LO VOY A DEVOLVER
Y DEJO ESTO COMO GARANTÍA

Eso escribió en su tercer papelito. Y apoyó sobre el escritorio un bruto puñal del Ejército Argentino, que sacó de adentro de su campera. Nadie lo había revisado, así

de simple y estúpidamente extraordinario: bastaba que apareciese un vago que decía ser mudo y veterano de Malvinas para que todo el andamiaje de seguridad de la embajada se atascase en nombre de una compasión mal entendida. Lo increíble es que a Aranguren ni se le cruzara por la cabeza ese detalle tan obvio: si el chico hubiese sido un psicópata, a esa altura ya lo habría degollado a él y a todos nosotros, sin el menor inconveniente. Pero no. Lo único que pensó fue que ese puñal era sin lugar a dudas algo sumamente importante para el chico, y una garantía más que válida de su identidad y de que devolvería el préstamo con tal de recuperarlo.

El chico garabateó que Aranguren sabría cuánta plata hacía falta y dónde podría comprar la ropa que necesitaba. Y aquí hay que reconocerle otro rasgo de brillantez en perfecto estado bruto: no sólo por la manera casual en que transfirió a Aranguren la decisión del monto del préstamo sino también, y fundamentalmente, porque así obtenía con idéntica facilidad la otra cosa que había venido a buscar en la embajada: un estilo, una manera determinada de vestirse que le garantizara estar a tono o quizá levemente por encima del nivel de corrección y elegancia del estudio jurídico. Aranguren tampoco reparó en eso. Más le interesó saber por qué ese trabajo justamente, y por qué estaba en Chile. El chico escribió:

MI MADRE ERA CHILENA
Y ACÁ NO PREGUNTAN EL AÑO
EN QUE HICE LA COLIMBA

En cuanto al motivo por el cual quería ser dactilógrafo, alegó que algo sabía de derecho y que tenía un cansancio de tal naturaleza que sólo un trabajo prolijamente rutinario le produciría alivio, si se me permite citarlo en forma no textual. No vale la pena analizar este argumento increíble, entre otras razones porque Aranguren había perdido toda capacidad de análisis. Leyó cansancio y pensó en la guerra, en barro y escarcha y neblina, en pesadillas tremendas y ya no me acuerdo cuántas cosas más. Así que aceptó el puñal sin más preguntas, lo guardó en su caja fuerte y decidió acompañar él mismo al chico a Brooks, en donde le pagó de su bolsillo un traje, dos corbatas, dos camisas y un par de zapatos. Y no volvió a la embajada hasta la mañana siguiente.

Dos días después el chico ya tenía trabajo. Él mismo se encargó de hacérnoslo saber personalmente. Nadie supo qué dijo en el estudio, y nadie se lo preguntó. Porque, cuando apareció por la embajada después de su primer día de trabajo, parecía realmente una especie de hermano menor de Aranguren. Me fastidia confesarlo, pero el traje le quedaba como una segunda piel, y sé que todos en la embajada pensaron lo mismo: que la versión anterior que habíamos visto de él, en borceguíes, campera de nylon y pelo largo, era nada más que un lapsus de nuestra memoria del cual él era absolutamente inocente, y que ese impecable traje cruzado, esa corbata Liberty contra un fondo de poplin blanco, esos mocasines italianos, componían su aspecto real, su aspecto verdadero. La democrática y furtiva sonrisa de muñeco que dedicaba a todo el mundo con su vestimenta anterior había desaparecido de su cara. Ahora tenía la misma expresión llena de carácter, por así

decirlo, de Aranguren: esa distraída gravedad que disuade un saludo, un chiste o una consulta trivial.

Lo que hizo Aranguren ese día se convertiría en el error fatal. En su momento nadie pensó eso, por supuesto. Las opiniones iban más bien por el lado del estupor o la envidia más recalcitrantes. Porque Aranguren llevó al chico al despacho del embajador, que quedó tan encantado con él que hizo trasladar el puñal de la caja fuerte de Aranguren a la vitrina del Pabellón Sanmartiniano, en donde están las reliquias del encuentro entre nuestro ilustre y O'Higgins, y demás *mementos* más o menos gloriosos del último siglo y medio. El embajador dijo que para él era un honor tener en esa vitrina el arma de un héroe que había defendido el territorio nacional contra el imperio inglés, y demás obviedades por el estilo. Pero también (y de ahí el estupor y la envidia) le concedió ingreso irrestricto a todos los actos y recepciones de la embajada e, incluso, a la pileta de la residencia. Lo que automáticamente convertía al chico en un VIP y auguraba a Aranguren una de esas recomendaciones personales de abrumador peso político, tan caprichosamente otorgadas por los diplomáticos que no son de carrera.

Gracias a Teresa, que me consiguió el nombre del chico la primera tarde, yo mandé un fax a Buenos Aires en averiguación de antecedentes. La respuesta llegó cuarenta y ocho horas después, en el momento en que Aranguren estaba encerrado con el chico y el embajador. El nombre, Matías Almazán, correspondía a un soldado mendocino del Batallón 11° de Infantería, que había combatido en Puerto Argentino y recibido la Medalla al Mérito por valor en combate. El informe decía que la

mudez era un trastorno de origen psíquico, que su aparato auditivo no había sufrido mayores daños, que se le había recomendado tratamiento terapéutico pero se desconocía su paradero con posterioridad a aquella sugerencia. Tampoco se tenían noticias de que hubiera mantenido contacto con asociaciones de ex combatientes. En opinión de ellos, podía estar perfectamente en Chile, y para averiguarlo aconsejaban ponerse en contacto con Migraciones.

Después del traslado del puñal, Rita le tomó los datos al chico para incluirlo en las listas de ceremonial y él dio la dirección de su trabajo, verificada esa misma tarde por Teresa, según indicación mía. A partir de ese momento, su presencia entre nosotros se volvió tan frecuente y sobriamente conspicua como la de un objeto fetiche.

El chico siguió con el sistema de papelitos, pero a partir de la bendición del embajador no necesitó escribir tanto: lo único que tenía que hacer era sonreír y asentir con la cabeza para mantener un diálogo, porque ahora todos trataban de facilitarle la comunicación y terminaban hablándole sin parar. Aquellas personas capaces de ignorar a alguien con el más perfecto disimulo en cuanto creían ver un signo para ellos imperdonable de vulgaridad, mal gusto o falta de tacto (una ese excesiva, un esmalte de uñas levemente chillón, un gesto de la mano mínimamente itálico), se abstenían de todos sus pruritos cuando estaban con él.

Aquella noche en Lima, Aranguren me confesó que nunca lo veía fuera de la embajada. De todas maneras, el chico estaba siempre cerca de él, tanto en la pileta de la residencia como en las recepciones, adonde llegaba invariablemente solo. Yo lo observé con disimulo en aquellas

recepciones y me pareció que no se perdía ningún gesto de las personas presentes. Antes de hacer el menor movimiento parecía esperar hasta conocer todas las variantes posibles, y después las resumía en una acción perfectamente casual. Cuando tuvo la certeza de que ya no corría el menor riesgo de desentonar aunque se distrajera, de que ya conocía los suficientes vericuetos del código palaciego y además contaba con una licencia especial de parte de esos jueces implacables de las costumbres ajenas, empezó a salir con Rita.

Rita y Teresa tienen más o menos la misma edad. Las dos son chilenas, las dos solteras. Rita es bastante más linda que Teresa, y bastante menos efectiva como secretaria. Teresa es mi mano derecha en la embajada, y aunque los asuntos de personal están en manos de Aranguren ella a veces me comenta ciertos detalles de información interna que no viene mal que yo conozca. Así fue como me enteré del romance entre el chico y Rita.

Dos semanas después de su primera aparición en la embajada ya estaba viviendo con ella, en el departamento de ella. Y, en algún momento ahora difícil de precisar, Rita empezó a aparecer con él en las recepciones, con un aspecto delicadamente distinto del que estábamos acostumbrados a verle en horas de trabajo. Para decirlo mal y pronto, nadie hubiese dicho que era una de las secretarias. Que no se malinterprete esto: quiero decir que no desentonaba, ni por modales ni por vestuario, y le ahorraba al chico el uso de papelitos. Si se destacaba era, en todo caso, por ese tipo físico que para algunos pasa por belleza casual, "de la época" según la expresión, totalmente estúpida para mí.

—No sé si le gustaba realmente. Lo seguro es que fue él quien le enseñó cómo explotar sus atractivos, entre otras cosas —me dijo Aranguren, esa noche en Lima—. Entre otras cosas no tan irreprochables desde cierto punto de vista, como llevarla de madrugada a bares de Bellavista.

¿Delincuencia, drogas?, pregunté yo. Pero Aranguren se encogió distraídamente de hombros y siguió con su monólogo. Yo miré el blíster metálico en el cenicero y pensé en las pastillitas rosadas que se había tomado con el primer whisky. "Estoy tenso todo el tiempo", había dicho a modo de explicación, y a mí me hubiese gustado preguntarle cuántas horas llevaba sin dormir y cuántos meses llevaba tratando de adaptarse a ese nuevo Aranguren en que se había convertido: alguien que ya no prejuzgaba a nadie en nombre de la corrección, según sus propias palabras, alguien que no consideraba particularmente reprochables los patibularios bares de Bellavista, ni las drogas, ni la delincuencia, para una chica como Rita.

El paso siguiente de la historia era previsible, o al menos a mí no me sorprendió: el embajador dijo a Aranguren que buscase el mejor fonoaudiólogo de Santiago para que examinara al chico. Yo no había comentado con nadie la información de Buenos Aires y tuve un momento más bien difícil al pensar en la manera en que se gastarían fondos de la embajada para una consulta perfectamente inútil. Por otro lado, si Aranguren no había pedido esos informes (cosa que era de rigor y que por supuesto al embajador tampoco se le ocurrió), yo no podía aparecer dando saltitos en su despacho, con el fax en la mano, y sugerir que en todo caso se buscase un

psiquiatra, detalle que personalmente me parecía tanto o más inútil, seguramente más caro y sin ninguna duda mucho menos serio. Así que Aranguren fue con el chico al fonoaudiólogo, volvió con las previsibles noticias y eso sirvió para que a todos les sobrecogiera más esa mudez que a mí ya empezaba a enervarme seriamente.

El chico, mientras tanto, había ampliado su vestuario y se portaba en las recepciones como si hubiese nacido con una copa de champagne en la mano. Todos los invitados que lo conocían quedaban encantados con "su equilibrio y su readaptación", miraban con el consabido arrobamiento (falso o genuino) el puñal en la vitrina y se conmovían educadamente ante la mención de la consulta con el fonoaudiólogo, que el embajador o su mujer les susurraban cuando el chico estaba a una distancia prudente.

Hasta que una mañana el embajador nos convocó a Aranguren y a mí a su despacho y nos preguntó cómo era posible que el chico siguiese con ese puestito de dactilógrafo siendo, como era, un verdadero héroe de guerra, y por si eso fuera poco un perfecto caballero. Aranguren no contestó. Yo sospeché lo que vendría a continuación y empecé a preocuparme mucho.

No, dijo Aranguren, no había vacantes en la embajada y además el chico parecía conforme con su trabajo. El embajador ignoró inesperadamente a Aranguren y dijo que nadie podía estar conforme con algo que estaba a todas luces por debajo de su categoría. Y quiso saber cuál era el procedimiento para inventar un cargo para el chico, aunque fuese temporario.

Era algo descabellado, y hasta Aranguren se daba cuenta. Trató de explicarle al carcamán que, en una de sus charlas con el chico, éste le había asegurado que lo único que necesitaba era un trabajo rutinario. Y además, agregó, aún no había devuelto el préstamo. El embajador dijo que eso no era asunto de la embajada sino del propio Aranguren, ya que se había emperrado en prestarle esa plata a título personal, y que le parecía vergonzoso que siquiera sospechase que el chico no pagaría puntillosamente su deuda. Aranguren dijo que no había ningún motivo que justificase la creación de un nuevo cargo en la nómina y que Cancillería no iba a aprobarlo, en su opinión. El embajador dijo que cuando le interesase conocer las opiniones de Aranguren se lo haría saber y nos despachó con la orden de que buscáramos una tarea digna e idónea para el chico cuanto antes.

Esa tarde Aranguren pasó por casa y me preguntó si podíamos conversar un rato. No dio muchas vueltas. Dijo que no era que se opusiera pero tampoco estaba del todo seguro de que la inclusión del chico en el personal fuese aconsejable, al nivel que habíamos llegado en ese momento. No podía, no sabía explicarme por qué, pero de lo que estaba seguro era de mi opinión acerca de todo el asunto, y en vista de eso me propuso aliarme con él para evitar que el chico entrase a trabajar en la embajada. Fue una charla brevísima. Aranguren no tocó el whisky que le serví y se fue en cuanto consiguió que le asegurase mi participación en esa alianza secreta. Aquella noche en Lima me explicó cuáles habían sido sus razones:

—Por un lado, el tema Malvinas. Un día le pregunté si alguna vez había hablado con alguien de lo que pasó

allá. Según él, no había nada de qué hablar; pero después encontré un papel que me dejó sobre el escritorio al irse. Mirá.

Era la primera vez que yo veía algo escrito por el chico. Por más que lo tenía bajo constante observación, mantenía en todo momento una prudente distancia con él y me había cuidado de no hacerle jamás una pregunta que implicara una respuesta escrita. Las únicas veces en que le dirigí la palabra me las arreglé para que contestara con asentimientos de cabeza, todo en el terreno de las banalidades más estúpidas y para que nadie pensara que el chico me era hostil.

El papel estaba escrito con marcador negro, en letras de imprenta de una prolijidad que podría llegar a ser escalofriante para algunos. Parecía haber sido doblado y desdoblado innumerables veces. A un costado, en lápiz, alguien (Aranguren, obviamente) había anotado la fecha.

TENÍA TANTO FRÍO QUE LE METÍ
LAS MANOS EN LA HERIDA Y ME
EMBADURNÉ LA CARA DE SANGRE
¿ALCANZA CON ESO?
AHORA NADA ES IGUAL
LOS DÍAS A VECES SON INSOPORTABLES
SE EXTRAÑA HASTA LA MIERDA
QUE NOS HICIERON CAGAR
LOS PUTOS INGLESES

—Los tengo clasificados por día. Podría reconstruir todos mis diálogos con él, a partir de esos papeles. Y otra cosa: en esos días Rita me había contado que

el chico habló dormido. Dos veces. La primera vez no estaba segura; se despertó y creyó que él había gritado. La segunda estaba desvelada, y lo oyó murmurar perfectamente. Quizá debí contárselo a alguien en su momento, no sé. Por alguna razón sentí que no podía juzgar al chico con mis parámetros. Preferí callarme y esperar.

A partir de entonces empezaron dos batallas secretas: la de Aranguren con el embajador, para impedir (con mi complicidad) que el chico entrase en la nómina de la embajada, y otra pugna que era menos visible pero quizá más intensa: la del Aranguren diplomático contra el nuevo Aranguren, encandilado y abrumado a la vez por el chico.

Mi única participación en el asunto fue demorar todo lo que pude cada pedido del viejo, redactar los memorándums a Buenos Aires de manera confusa y contestar más confusamente aún los pedidos de aclaración que llegaban desde allá. Los resultados empezaron a notarse enseguida, y la situación en cierto modo me favoreció: el fastidio creciente del embajador recayó en la burocracia de Cancillería y, de rebote, en la ineptitud del pobre Aranguren, a quien casi no recibía.

El personal de la embajada notó el imprevisto cambio de viento y desde ese momento se empezó a dar una metamorfosis sorprendente: por unos días Aranguren se volvió para todos un personaje casi simpático y compadecible en su desgracia. Pero esa simpatía y compasión empezaron inevitablemente a roer el halo de pavor y respeto que lo rodeaba antes (cosa que a él no le importó demasiado, o ni siquiera notó, así como tampoco había notado lo que suscitaba antes). Su transformación se hizo más y

más evidente. Se quedaba durante horas encerrado en su oficina, tenía charlas brevísimas pero casi constantes con Rita, que también empezó a dar síntomas de nerviosismo y cansancio. (A la luz de los detalles que conocí después en Lima, quizás ella se cuestionara la naturaleza de su atracción hacia alguien tan obviamente trastornado, pero ése es un aspecto del asunto que Aranguren se negó a tocar aquella noche.)

Para sorpresa de todos, sin embargo, el embajador levantó de pronto la tácita condena que había impuesto a Aranguren y tuvo una reunión a puertas cerradas con él.

—Me preguntó si tenía algún problema personal, o de salud, y si no estaba a gusto en Santiago. Yo simplemente le dije que quizás adelantara mis vacaciones. Eso fue todo. No hablamos del chico. Yo no pensaba mencionarlo, salvo que él dijera algo al respecto; y él no dijo nada. Creyó, supongo, que esa charla tendría el milagroso efecto de volver todo a su cauce anterior.

La reunión con el embajador aplacó por unos días el proceso de deterioro de la imagen de Aranguren dentro de la embajada, pero no fue suficiente para revertirlo. Algo se había puesto en marcha, y todos sabían que eran necesarias acciones mucho más drásticas y elocuentes que ésa para demostrar que el proceso no seguía su curso inevitable. La intriga duró muy poco. Hasta el cumpleaños de Rita, unos días después.

Yo no fui; siempre he preferido mantenerme al margen de esos eventos y vivir mi vida privada sin inoportunos testigos laborales. Pero Teresa estuvo. Y Aranguren también.

El chico había decidido cocinar él mismo unos camarones salteados y los invitados (muy pocos, y casi todos de la embajada) se apiñaban en el living del departamento de Rita con sus vasos de pisco sour. Se comentaba que el embajador pasaría en algún momento, supuestamente a saludar a Rita, en realidad porque el chico lo había invitado especialmente, así como al resto del personal jerárquico (yo fui el único en no ir; los demás no pudieron resistir la tentación de ver dónde y cómo vivía el protegido del carcamán).

Todo iba relativamente bien, quizás un poco tenso pero nada del otro mundo, hasta el incidente con el aceite. Teresa no estaba en la cocina, pero en cuanto oyó el grito se topó con los ojos de Aranguren y dice que nunca vio una mirada más ajena a una cara como en ese instante: el miedo, la angustia y un insano alivio, todo eso apareció brutal y simultáneamente en los ojos de Aranguren mientras el resto de la cara se mantenía pétreo, más pálido que de costumbre pero absolutamente pétreo. Los invitados entraron en la cocina y vieron a Rita con una olla goteante colgando de la mano y al chico en el piso, con las piernas enrojecidas y palpitantes (tenía puestos unas bermudas que, según Teresa, no le quedaban nada bien) por el aceite hirviendo que le había volcado ella sin querer. El chico seguía gritando, con un inconfundible acento chileno, y Rita se tapaba la boca con la mano libre y estaba a punto de derrumbarse.

Si ella no hubiese volcado el aceite, o si el chico al menos hubiera atinado a gritar solamente, sin pronunciar palabras que delataran su origen, habría podido seguir con la farsa. La pregunta es: ¿hasta dónde pensaba

llegar? Pregunta que no tiene sentido hacer, a la luz de lo sucedido, y que seguramente ni el chico hubiese podido contestar. Pero en ese momento era un enigma que tenía a todos en vilo.

Se dijo que era un espía del servicio secreto de Pinochet, un loco que planeaba convertirse en la mano derecha del embajador y realizar una estafa colosal, y varias insensateces más de ese tipo. Al día siguiente, la embajada entera estaba pendiente del momento en que el carcamán mandase llamar a Aranguren. Alguien lo había enterado de la falsa identidad del chico, o por lo menos eso se pensó cuando Teresa recibió a primera hora un escueto memorándum en donde se ordenaba eliminar el nombre Almazán de la nómina y prohibirle la entrada al chico a la embajada y a la residencia. Nadie se preocupó por saber quién le había contado al embajador, y nadie lo supo nunca, al menos de mi boca. Yo creía que Rita fue la que se encargó de llevar al chico al hospital. Esa noche en Lima supe que había sido Aranguren. Y también supe que Teresa había vuelto a lo de Rita después de llamarme desde un teléfono público y contarme lo que había pasado.

—Todos los demás se fueron enseguida, con mayor o menor disimulo. Sabían que iban a quedar pegados al chico si no desaparecían, y decidieron que lo mejor era poner distancia cuanto antes respecto de todo el asunto. Teresa se quedó con Rita cuando yo llevé al chico al hospital. Él no paró de insultarla hasta que lo subí al auto, y la pobre Rita estaba destrozada.

Lo que yo no esperaba en absoluto era que el embajador me incluyese en aquella reunión al día siguiente. Aranguren y yo entramos en el despacho y esperamos en

silencio el estallido del viejo. Pero no hubo estallido; por una vez, al menos, demostró más nervio del que le adjudicábamos. En cuanto a Cancillería, dijo, la versión oficial sería que el chico volvió a la Argentina después de pagar su deuda y retirar el arma en una emotiva e íntima ceremonia. No quería saber en dónde estaba el chico ni le interesaba en lo más mínimo su verdadera identidad. Aranguren podía quedarse con el puñal (y lo puso sobre el escritorio), si era tan amable.

Por supuesto, sería indispensable que renunciase a su puesto cuanto antes. En opinión del embajador, ni una licencia ni un cambio de destino serían suficientes ni aconsejables, tal como habían terminado por suceder las cosas. Había demasiados testigos y el embajador no podía arriesgar las carreras de todos por un error que, sin duda, había correspondido en toda su enormidad exclusivamente a Aranguren. No haría falta otra explicación que las proverbiales "razones impostergables de salud" para justificar la renuncia. El embajador podía garantizar, en su nombre y en nombre del resto del personal, que el verdadero desenlace del asunto no se conocería jamás fuera de las paredes de la embajada. Y agregó con una sonrisa más bien amarga que, con la renuncia de Aranguren, todos comprenderían en el acto los beneficios del silencio y el riesgo de que rodaran más cabezas si se llegaba siquiera a mencionar al chico nuevamente, dentro o fuera de las oficinas.

Aranguren preguntó qué pasaría con Rita. Confieso que eso me sorprendió de verdad. Yo tenía el inquietante presentimiento de que se negaría a renunciar y amenazaría con destapar el verdadero involucramiento de cada

uno si el embajador pretendía convertirlo a él en el chivo expiatorio. Pero aparentemente la batalla entre los dos Aranguren ya se había definido, y el vencedor era aquel que nosotros (y él mismo) apenas conocíamos. El embajador dijo que tomaba la pregunta como una preocupación de Aranguren a título personal y que en ese sentido aceptaba contestarla: estaba en condiciones de afirmar, dijo, que Rita entendería perfectamente la situación. Después supe que él mismo la había llamado por teléfono esa mañana a su departamento y, según le contó Rita a Teresa días más tarde, cuando se despidieron, la indemnización ofrecida era excelente y de todas maneras ella pensaba irse de Santiago por un tiempo, a casa de sus padres en La Serena.

Aranguren asintió con una mueca y dijo que, ya que todos entendían y aceptaban la situación, no había más que hablar. Dejaría su renuncia en el despacho del embajador esa misma tarde. El viejo se levantó y le tendió la mano. Aranguren la ignoró. Dijo que no lamentaba en absoluto abandonar el servicio diplomático, entre otras razones porque prefería no ver más inocentes desenmascarados (lo dijo mirándonos a los dos, pero me dio la impresión de que sus palabras no estaban dirigidas al embajador, y lo más notable es que carecían de todo sarcasmo y doble sentido).

El reemplazo de Aranguren llegó un mes y medio después. O mejor sería decir mi reemplazante, ya que para ese momento el ministro consejero de la embajada era yo. La nueva secretaria no se parecía en nada a Rita, especialmente en su eficiencia (detalle muy positivo, ya que obliga a Teresa a ser más eficaz todavía para conservar mi

confianza en ella). A veces pienso que era más útil la inofensiva belleza de Rita que la teutona puntillosidad de Teresa y Leonor, particularmente en la imagen que se llevan de la embajada las personas que deben tratar sólo con ellas. Pero es mejor ceder en ese aspecto y mantener bajo el perfil de riesgos. Sé que el embajador valora esta manera de pensar.

Aquella tarde Aranguren no sólo llevó al chico al hospital sino que se quedó con él parte de la noche, después que le hicieron las curaciones y le calmaron un poco el dolor. Paradójicamente, el chico no tenía el menor resentimiento con él. No fue un diálogo fluido, a causa de la anestesia, pero se las arreglaron para contarse varias cosas.

—Era extrañísimo oírlo hablar. Y además tenía un acento terrible. Le pregunté cómo había hecho para evitar hasta el menor matiz chileno en los papelitos. Él se rio; dijo que los argentinos nos creemos mucho más diferentes del resto del mundo de lo que en realidad somos. Había vivido tres años en Mendoza; allá conoció al verdadero Almazán, que había estado efectivamente en Malvinas y quedó mudo un tiempo después de la guerra. Se hicieron amigos. Almazán estaba totalmente loco, según el chico. Iban bastante seguido de campamento a la cordillera. Una de las veces que estaban allá arriba, Almazán le anunció que no pensaba volver. Le regaló sus documentos y el puñal, y el chico nunca volvió a verlo. Todo lo que dijo sobre Malvinas lo inventó; Almazán jamás hablaba del tema. El chico estaba ilegal en Mendoza y creyó que, trucando esos documentos con su foto, le sería más fácil conseguir

trabajo. No tuvo en cuenta que nadie toma así como así a un ex Malvinas. Entonces volvió a Chile.

Hasta ese momento yo seguía sin creer que Aranguren no viese nada particularmente censurable en la farsa que montó el chico en la embajada. O nada que fuese al menos tan censurable como la manera en que se pretendió manipularlo. Lo increíble era que no se sintiese personalmente traicionado por el asunto del héroe de guerra, que tanto lo impresionó desde el principio. Le pregunté qué hizo con el puñal.

—Todavía lo tengo; no sé qué me espera en Yakarta —dijo con una sonrisa muy forzada. Y yo entendí de golpe que todos aquellos dilemas habían quedado sepultados para siempre en el otro Aranguren.

Había un último detalle: si no lamentaba haber dejado el servicio diplomático, si no tenía nada que criticarle al chico, ¿por qué estaba con los nervios destrozados a seis meses del episodio? Era una pregunta muy delicada, y yo prefería no entrar en el terreno personal. Pero Aranguren pareció adivinar mi intriga. Como casi toda la noche, insertó él mismo la pregunta y la respuesta en su monocorde soliloquio.

—Todos tienen alguna manera de liberar las tensiones y olvidar, al menos por un instante cada tanto, qué son y quiénes son. El problema mío es que dejé de ser lo que era muy abruptamente. Y desde entonces tengo la sensación de que en cualquier momento voy a hacer algo terrible, algo verdaderamente terrible, que me hará saber en quién me he convertido.

Eso fue todo. Después de estas palabras de Aranguren, sólo me preocupé por irme cuanto antes del bar sin

que fuese demasiado evidente. Hablamos un minuto o dos sobre las diferencias entre el clima de Chile y el de Perú, y yo aproveché el silencio que se hizo después que Aranguren disuadió casi sin darse cuenta a dos prostitutas que se acercaron a nuestra mesa para despedirme de él. Fue un saludo frío y estéril; y supongo que él también lo notó. Pero los dos sabíamos que no nos volveríamos a ver; no quedaba nada que decir y yo tenía que madrugar al día siguiente para terminar los asuntos oficiales que me habían llevado allá.

Hay veces, sin embargo, en el silencio seco y tibio de la media tarde en mi oficina de la embajada, cuando hasta Teresa y Leonor aplacan su ritmo de trabajo, en que pienso si Aranguren habrá encontrado finalmente lo que buscaba, y si necesitó el puñal para conseguirlo. Y, en realidad, no sé si me gustaría saber la respuesta.

En *Nadar de noche,*
Buenos Aires, Alfaguara, 2002.

JUAN FORN

Nació en noviembre de 1959 en Buenos Aires. Publicó la novela *Corazones* (1987), *Puras mentiras* (2001) y *María Domecq* (2007); el libro de cuentos *Nadar de noche* (1991), y *Buenos Aires. Una antología de nueva ficción argentina* (1993).

En 1994 fue invitado por el Woodrow Wilson International Center (Washington, DC) para terminar su novela *Frivolidad*, luego publicada en 1995.

Trabajó quince años como editor en Emecé y Planeta. En 1996 creó el suplemento Radar Libros de *Página/12* y en 2005 reunió en *La tierra elegida* sus mejores crónicas periodísticas.

LAS OTRAS ISLAS

INÉS GARLAND

Para contar esta historia me gustaría volver a tener trece años, volver a esos días en los que no me interesaba la política ni la manera en que estaba dividido el mundo. Mi mundo era nuestra isla en el Delta, cada día de ese verano en el que conocí a Yagu, a Tatú y a Caroline (que, en inglés, se dice Carolain y con una erre distinta). En esos días, los ingleses eran solo Caroline y su papá, nuestros vecinos de la isla, no una nación que queda en otra isla muy lejana con reyes y primeros ministros, habitantes, soldados, y la idea, compartida por muchos, de que hay que apropiarse de partes del mundo que parecen no tener dueño.

Yagu y Tatú llegaron a la isla un jueves de enero, en el medio de nuestras vacaciones de verano. Mis hermanos y el hijo del doctor se bañaban en el río, pero a mí se me habían puesto los labios azules y mamá me había obligado a salir del agua y acostarme al sol. Los perros corrieron ladrando al muelle de los ingleses —le decíamos así porque era el muelle de la casa de Caroline y su papá— y yo dejé el calorcito de las maderas y me levanté

para ver quién llegaba. La colectiva aminoró la marcha y empezó las maniobras de atraque. Yagu estaba en el techo buscando la valija entre las cajas para el almacén, las bolsas de naranjas que la colectiva llevaba al Tigre y la torre de hueveras de cartón llenas de huevos frescos para el papá de Caroline. Tatú apareció por la popa de la colectiva, subió al muelle y atajó la valija que le tiró Yagu desde el techo. Era una valija verde, grande, pero él ni se tambaleó. La atajó, la bajó y se agachó a acariciar a los perros y a hablarles como si hubiera llegado sólo para visitarlos a ellos.

Todos nos quedamos mirando el desembarco de los recién llegados. Y esto fue lo que vimos, o, mejor dicho, lo que vi yo, porque los varones nunca parecían ver las mismas cosas que yo. Caroline apareció en el muelle en el momento en que Yagu saltaba del techo. Y Yagu aterrizó tan cerca de ella que casi la tocaba. Por un momento se quedaron los dos muy cerca, se miraron, se midieron, se gustaron tanto —vi yo— que no se podían mover. Después, Yagu se alejó y se rio y dijo algo que no pude escuchar. Ella ni le sonrió. Era seca Caroline. Esa era la palabra que usaba papá. Seca. Como todos los ingleses, decía papá. El de la colectiva le pasó la torre de huevos a Caroline y la colectiva se alejó con su rugido. Los chicos aprovecharon las olas para tirarse al agua otra vez, pero yo me quedé mirando a esos tres ahí. A Caroline y a Yagu, que parecían hipnotizados, y a Tatú, con los perros; hasta el Negro, el perro más malo, lo saludaba como si se conocieran de toda la vida.

Ese es el principio de la historia: Tatú, Yagu y Caroline en el muelle, el sol caliente de enero, ella con

la torre de huevos, Yagu con la valija verde, Tatú y los perros. Estábamos a un paso del cambio más grande de nuestra vida y no teníamos ninguna manera de saberlo.

—Correntinos —dijo papá esa noche—. Son sobrinos del dueño de la casa de madera.

Habíamos anclado el barco frente al muelle de los ingleses y comíamos en la proa, a la luz de un sol de noche. En la oscuridad saltaban los peces y en la isla las ventanas de las casas flotaban, amarillas por la luz de los faroles de kerosene. A veces se cruzaba una sombra o llegaba alguna voz, una puerta mosquitero se golpeaba, alguien salía al porche y se reía. Yo conocía todos los ruidos. Me gustaba sentarme a escucharlos. Los grillos y las ranas parecían tapar todo, pero después de un rato terminaban siendo como una música de fondo, una manta, la manta de la noche.

—Lindos chicos —dijo mamá, pero supongo que hablaba de Yagu, Tatú no era lindo.

Papá la miró un poco fuerte y mamá se rio.

—Igual él se enamoró de Caroline —dije yo antes de pensar.

—Ya empezó Alberto Migré —dijo mamá, y mi hermano mayor hizo el gesto de tocar el violín.

Me debo haber puesto colorada, pero la luz del sol de noche casi no iluminaba nuestras caras, y nadie se dio cuenta.

—¿Ya se enamoraron? ¿Cuándo se conocieron? —dijo papá, que, como todas las semanas, había llegado de la ciudad esa tarde.

—Los correntinos se bajaron en el muelle de los ingleses —dijo mi hermano menor.

—El inglés no estaba —dijo mamá.

Yo lo había visto a la mañana temprano, con su caballete y sus pinturas, su sombrero de paja y las piernas blancas que le salían como palos de un short viejo. Lo había visto irse para el fondo de su terreno. Pero no dije nada. Si se iban a burlar de mí, no les pensaba contar nunca más las cosas que yo veía.

—Menos mal. Los hubiera sacado a los gritos —dijo papá.

Siempre decía que el inglés era antipático y que se creía superior a nosotros, pero con el tiempo entendí que le tenía celos. A mamá le encantaban las pinturas del inglés, y hablaba mucho de eso. Por suerte el inglés era viejo, porque, si no, los celos de papá hubieran arruinado el verano. A mí el inglés nunca me pareció antipático. Me gustaba que estuviera ahí todos los días, que no se tuviera que ir a la ciudad como mi papá y el resto de los hombres. A las mujeres les caía bien el inglés y no le decían nada cuando recorría los jardines robando flores. Él, cada tanto, traía scones recién hechos. El inglés era como un tío viejo con pelos que le salían de las orejas, las manos manchadas de pintura y los ojos tan azules que parecían bolitas de vidrio.

—¿Así que hay romance en puerta? —dijo papá dándome un empujón.

No me gustaba que se burlaran de mí. Era verdad que yo era una romántica, pero también era verdad que veía los hilos que unen a las personas. Me imagino que para mis padres era incómodo que yo supiera de sus peleas o

que supiera, por ejemplo, que a la mujer del doctor le gustaba el inglés, viejo y todo. No eran cosas que una chica de trece años tuviera que saber. Pero no era mi culpa que estas cosas me interesaran tanto. Tampoco era mi culpa que yo quisiera que el amor hiciera girar el mundo.

Los primeros días, Yagu se dedicó a pasear por la isla de una punta a la otra. Su sobrenombre venía de yaguareté, y era verdad que se movía como un gato. Donde fuera que estuviera Caroline, él aparecía. Pero ella parecía decidida a no tener nada que ver con él. Cada vez que lo veía, le daba la espalda.

Una mañana nosotros estábamos jugando carreras de natación desde lo del doctor hasta nuestro muelle, corriente abajo. Caroline tomaba sol en su muelle y nosotros pasábamos nadando. Ella me alentaba. No era nada seca conmigo, al contrario. Era imposible que yo saliera primera, pero ella me alentaba igual. La carrera, que más que carrera de verdad era un dejarse llevar por la corriente, terminaba en nuestro muelle, y volvíamos por el caminito hasta lo del doctor y nos volvíamos a juntar para largar otra. Habíamos pasado como cinco veces por el muelle de ella cuando Yagu apareció desde el fondo del terreno del doctor y nos preguntó si podía competir.

—Les doy ventaja —dijo cuando los chicos se quedaron mirándolo sin contestar.

—No es por eso —dijo mi hermano mayor.

Claro que era por eso.

Largué la carrera sin darles demasiado tiempo a los otros de protestar. Preparados listos ya, y corrí a la punta del muelle y salté y todos gritaron y se tiraron. Yagu también.

Cuando llegué a nuestro muelle y salí del agua, él se estaba subiendo detrás de mí, chorreando agua. Estuvimos juntos en el muelle un momento, recuperando el aire. Mi hermano mayor y el hijo del doctor habían ganado otra vez y ya estaban corriendo por el caminito. Yagu y yo nos reíamos. De nada, porque sí. Creo que fue eso lo que le gustó a Caroline. Desde su muelle, nos miraba y sonreía también. Me dieron celos. Yo quería que ellos se enamoraran, pero también estaba harta de tener trece años. Quería ser grande y quería saber cómo era vivir un gran amor.

Como Yagu, Tatú también hacía honor a su nombre. Tenía una cara rara, con los ojos muy chiquitos y oscuros, y la nariz y la boca juntas, como una trompa. Pero en lo que más se parecía a un tatú era en la forma de moverse. Se podía quedar horas al sol, mirando el río, muy quieto, más quieto que nadie, y de repente era como si se le cruzara algo que quería hacer y salía a toda velocidad hacia una meta desconocida. Se movía rápido cuando le agarraba ese propósito que le agarraba de repente. Nosotros lo seguíamos como espías, para ver qué era lo que se le había ocurrido. No parecía molestarle que lo siguiéramos. Al contrario. Fue él quien nos enseñó a encarnar las lombrices para que no se salieran del anzuelo, y nos mostró muchas veces, hasta

que aprendimos, cómo se hacía para sacarles el anzuelo de la boca a los pescados sin lastimarlos. Tenía las manos chicas y muy, muy hábiles.

Muchas veces, el propósito que le había agarrado era el de pescar. Hasta parecía que, mientras había estado quieto, había estado pensando dónde tirar la caña, como si el río le dijera a él solo dónde iba a haber pique ese día y a esa hora. Trataba a los pescados con una delicadeza que hacía que Yagu se burlara de él.

—Che, que no es tu novia —le decía Yagu.

Tatú no se enojaba —nunca se enojaba— pero seguía desenganchando al pescado sin lastimarlo. Cuando creía que nadie lo veía, les hablaba. Yo lo escuché más de una vez, escondida entre las cañas. Decía cosas como *ahora te devuelvo al agua, no tengas miedo, fue sólo un susto, ya pasó*. Y bajaba los escalones del muelle, se acuclillaba, metía el pescado en el agua y lo movía para atrás y para adelante unas veces *para que le entre el agüita en el cuerpo*, nos dijo cuando nos enseñaba, y soltaba el pez, que se alejaba con un coletazo de libertad.

Sabía los nombres de los peces y podía reconocer los cantos de los pájaros. A todos los animales los llamaba "mis hermanitos". También a nosotros nos llamaba sus hermanitos. Me tenía una paciencia que ningún chico más grande me había tenido jamás, y yo lo seguía por todas partes para que me enseñara las cosas que sabía hacer: tejer canastos de mimbre, esteras de juncos, pajaritos con las hojas de las cañas. Hasta sabía amasar pan. Con esas manos chiquitas que tenía, Tatú podía armar un mundo en un rato. A su lado, las cosas parecían ordenarse. Esto no es fácil de explicar y yo tardé mucho

tiempo en poder ponerle palabras, pero él parecía conocer un orden que el resto de las personas no conocíamos. Un orden que no era el orden de la ropa colgada y doblada en el ropero. Lo que él hacía era darles a las personas y a los animales, a las plantas, a todos, un lugar donde estaban bien, como si hubiera un lugar donde cada uno se sentía feliz y él lo supiera. Algo así. Él le ponía orden a Yagu, y Yagu, que parecía tan seguro de sí mismo, sin él se desordenaba y se perdía. Tatú era la tierra bajo los pies de Yagu.

Así que Yagu y Tatú pasaron a ser parte de nuestra vida cotidiana ese verano, y en pocos días fue como si siempre hubieran estado ahí. Éramos lo que ahora sé que se llama una comunidad. Todas las noticias eran bienvenidas por papá que volvía cada jueves con ganas de escuchar los detalles de la semana. Hasta que lo conocí a Tatú, él había sido para mí el árbitro, el juez supremo, el que tenía la última palabra sobre cada cosa que le contaba mamá o le contábamos nosotros. Creo que hasta ese verano yo le había contado todo.

Lo primero que le oculté fueron mis ganas de no tener más trece años. Lo segundo fueron las ganas de enamorarme que me daban Yagu y Caroline, y lo tercero fue mi amor por Tatú. No es que yo estuviera enamorada de Tatú, pero estaba segura de que ni papá ni mis hermanos hubieran entendido lo que yo sentía. Quería a Tatú de una manera diferente a como quería a mi familia o a mis amigos. No creo que hubiera podido explicar cuál era la diferencia porque

hay cosas de mí misma que descubrí más tarde en la vida. Descubrí que yo no confiaba mucho en nadie: ni en mis hermanos ni en mis amigas; ni siquiera en mis papás. Había algo que siempre quedaba encerrado en mí, un pedacito asustado, un pedacito que pensaba que hasta las personas que más quería podían hacerme mal. Sin querer, pero daba lo mismo. Y eso no me pasaba con Tatú. Nunca, con nadie antes, había sentido la confianza que sentía cuando estaba con él. La bondad de su corazón se veía en cada cosa que hacía, en la manera en que nos trataba a nosotros o a los perros o al mismo Yagu, como si nada lo hubiera lastimado nunca y no tuviera que defenderse de nada. Tatú era como un pez que nunca había mordido un anzuelo. Y con él me sentía totalmente a salvo. Lo espiaba porque siempre espié a los demás, pero la paz que me daba seguirlo o estar con él en silencio no tenía explicación para mí. Alguien me dirá que esto lo siento ahora por lo que pasó después, en las otras islas. Pero no. Si lo conociera hoy por primera vez, volvería a sentir esa confianza de que nada malo podía venir de él.

No estaba espiando a Yagu y a Caroline cuando hablaron por primera vez. Se me ocurre que fue cualquiera de los días en que nosotros nos íbamos con el barco a la desembocadura del canal. A papá y a mamá les gustaba ver la ciudad iluminada desde el río, y cuando la corriente no era fuerte y no había viento, anclábamos ahí y pasábamos la noche. A nosotros también nos gustaba. Era distinto. El patacho solo en el medio del río, la tierra lejos, los juncos de un lado, hasta el

horizonte, y la ciudad rodeada del resplandor de las luces, como una torta de cumpleaños gigantesca.

Una tarde Yagu y Caroline pasaron abrazados.

—Están todo el día chacoteando —dijo mamá ese jueves.

Caroline y Yagu se besaban en el río, en el muelle, pasaban por el caminito abrazados, hablaban en los escalones con las piernas enredadas. No se podían sacar las manos de encima.

—Parece que tu amigo mordió el anzuelo —le dijo mi hermano mayor a Tatú una tarde que pescábamos desde nuestro muelle.

—Más bien parece que los hubieran agarrado juntos con el mediomundo —dijo Tatú.

Eso era lo que él hacía: ver las cosas de otra manera.

—Le va a hacer bien. Él no es para andar solo —dijo.

Yo pasaba todo el tiempo que podía con Tatú. No hablábamos mucho, pero a veces yo le contaba alguna cosa del colegio o de *Colmillo blanco,* que era el libro que estaba leyendo, y él me contaba alguna cosa de Corrientes, de su mamá o de sus hermanos. Eran nueve. Un montón. Y Tatú era el tercero. Me aprendí los nombres de memoria y él me los tomaba, como si fuera una prueba. La más chiquita era mujer y Tatú la extrañaba más que a ninguno. Se llamaba Estrella. Él me pidió que le enseñara una canción en inglés y le enseñé "Twinkle Twinkle Little Star" que es una canción a una estrella que me habían enseñado en el jardín de infantes. Se la cantábamos al lucero de la tarde que salía solito sobre las copas de los árboles de la orilla de enfrente.

Vistos desde ahora, esos días entraban uno en el otro como un paisaje que pasa por la ventanilla del auto. Los juegos en el río, los enamorados, la pesca con Tatú, todo se repetía, día tras día. Era igual y nuevo cada vez. Esa era nuestra vida, llena de ritos, protegida, libre.

En febrero, Tatú y Yagu se tuvieron que ir a Buenos Aires a hacer la colimba. Era por eso que habían venido de Corrientes, pero nosotros no lo sabíamos. Caroline se convirtió en una especie de sombra que se pasaba los días en el muelle, mirando pasar el río, fumando.

—Anda como alma en pena —decía mamá.

Nosotros nos aburríamos. Especialmente yo. No sabía qué hacer con las horas que antes pasaba con Tatú.

—Pesquen solos —decía papá—. Si antes siempre pescaban solos, ¿por qué ahora tiene que estar Tatú?

—No es lo mismo pescar solos.

De repente me parecía que ya no sabíamos encarnar, que no sabíamos dónde tirar la caña, que los peces se habían ido a vivir a otra parte si Tatú no estaba.

En abril de ese año estalló la Guerra de las Malvinas. Yo no quiero hablar de política, del imperialismo o de las maniobras de un lado y de otro para retener el poder. Yo quiero hablar de Tatú y de Yagu. Los gobernantes de allá y de acá, los que tomaron las decisiones, están en los libros de Historia. Yagu y Tatú, no. De ellos, si no hablo yo, no habla nadie.

Los habíamos visto una sola vez desde febrero, con el pelo rapado, feos. Tatú me había hecho algunos cuentos de la colimba que a mí no me gustaron, no me los podía imaginar, ni a él ni a Yagu, yendo para acá y para allá con un rifle, obedeciendo las órdenes de alguien que les gritaba todo el día. A ellos tampoco les gustaba nada de eso, pero Tatú no dijo mucho.

—Ahora estoy acá —me dijo—. ¿Cómo me voy a perder este día hermoso, que nunca más va a existir, hablando de allá?

Desde los primeros días de abril, "allá" ya no fue Campo de Mayo, fueron las islas Malvinas. Los militares que gobernaban el país decidieron hacer un desembarco en las islas Malvinas para demostrar que eran nuestras. Y los ingleses nos declararon la guerra. Así de rápido. Y a Yagu y a Tatú los mandaron a las islas a pelear contra los ingleses. Por la televisión mostraron un montón de gente que se juntó en Plaza de Mayo y el milico máximo, como le decía papá, dijo "Si quieren venir que vengan, les presentaremos batalla". Papá dijo que era una locura, que los ingleses nos iban a hacer papilla. Yo me puse a rezar todas las noches para que nada malo les pasara a Yagu y a Tatú. No me lo podía imaginar a Tatú en ninguna guerra. La verdad es que tampoco me podía imaginar una guerra.

Nosotros, los chicos de la ciudad, habíamos vuelto al colegio y pasábamos en la isla solo los fines de semana. Las hojas se habían puesto rojas y amarillas, y el río y los árboles parecían unidos por los mismos colores. Mamá

nos enseñó a todos a tejer cuadrados de lana para hacer mantas para los soldados. Nos pasábamos horas tejiendo y hablando de Yagu y Tatú. El doctor colgó una bandera argentina en el porche y le prohibió a su mujer y a su hijo que hablaran con el inglés. Como nosotros seguíamos hablando con el inglés, dijo que éramos unos vendepatrias. El inglés le dijo a papá que el doctor era un imbécil y que usaba la guerra para su propia agenda secreta. En ese momento no entendí. Tampoco pregunté.

Una noche, anclamos en la desembocadura y vino una lancha de la Prefectura a decirnos que apagáramos todas las luces, que teníamos que estar a oscuras por si los ingleses nos bombardeaban. Por un momento muy breve y ridículo pensé que los de la Prefectura hablaban de nuestros ingleses, de Caroline y su papá.

Esa noche la ciudad desapareció en la oscuridad. Todo a nuestro alrededor y hasta donde llegaban los ojos era negro. Sólo los ruidos me aseguraban que el mundo seguía estando ahí: el golpeteo del agua contra el casco, el chillido de algún pájaro, las voces de mis hermanos que hacían preguntas, las de mamá y papá que contestaban. Estábamos acostados en nuestros camarotes, cada uno en su cucheta, pero habíamos dejado todas las puertas abiertas para hablar en la oscuridad.

No podía dejar de pensar en Tatú. ¿Qué haría en las islas...? ¿Podría ir de pesca algún día?

—En el mar hay muchos peces - dijo mi hermano mayor.

—A lo mejor pesca desde la costa —dijo papá.

Pero algo en el tono de su voz me hizo pensar que estábamos diciendo cualquier cosa.

Un domingo, Caroline me vino a buscar para que le escribiéramos una carta a Yagu. Nos sentamos las dos en la proa del barco y escribimos toda la mañana. El sol se había puesto más blanco y había olor a humo en el aire. La carta de Caroline era para decirle a Yagu que se volvía a Inglaterra con su papá. A mí no me pareció una buena idea mandarle a Yagu, que estaba en la guerra, una carta con esa noticia, pero ella dijo que igual no tenía cómo mandársela, que la iba a dejar en la casa del tío de Yagu. Después escribimos otras cartas para soldados que no conocíamos. Esas las íbamos a meter en paquetes de cigarrillos que les mandaba el ejército junto con las mantas.

—Mirá si justo le llega mi carta a Tatú —dije yo—. Sería una casualidad enorme.

Pero, cuando terminamos las cartas, lloramos.

El 14 de junio se terminó la guerra. Era lunes y yo estuve toda la semana pensando que ese sábado lo iba a volver a ver a Tatú. A Yagu también lo quería volver a ver, pero, si no se había enterado ya, iba a descubrir que Caroline se había ido a Inglaterra. Y yo sentía algo raro, como vergüenza de que ella se hubiera ido o algo así. Ni Yagu ni Tatú aparecieron ese fin de semana. Tampoco los siguientes. El tío le dijo a papá que Yagu había hablado para decir que

estaba en Campo de Mayo, que en cualquier momento lo iban a dejar salir.

Tardó como un mes en aparecer en la isla. No puedo decir que no lo reconocí porque no sería cierto, pero estaba muy distinto. Rengueaba. Subió los escalones del muelle muy despacio, la pierna derecha subía un escalón y la izquierda la seguía al mismo escalón. Se quedó parado ahí. La colectiva se fue. Nosotros corrimos a saludarlo. Mi hermano mayor le dijo que Caroline se había vuelto a Inglaterra.

—Sí —dijo él, aunque no sé si ya lo sabía.

Pero cuando le preguntamos por Tatú nos dijo que no sabía dónde estaba. Y cuando le pregunté más, me dejó hablando sola. Se alejó rengueando hacia lo de su tío. Como a lo mejor se acababa de enterar de que Caroline se había vuelto a Inglaterra, pensé que estaba enojado por eso.

Después pasaba para un lado y para el otro por el caminito, muy despacio, y no nos saludaba.

—No lo puedo mirar —decía mamá.

Yo sí que lo podía mirar. Es más, no podía dejar de mirarlo. Lo perseguía de lejos por toda la isla. Se me había metido en la cabeza que se podía morir y que yo lo tenía que cuidar. Y quería encontrar el momento para preguntarle por Tatú. ¿Dónde estaba mi amigo?

Papá dijo que algunos todavía estaban en Campo de Mayo porque no firmaban un papel. El tío de Yagu le había contado que nada de lo que les habíamos mandado a los soldados había llegado a las Malvinas. Ni las mantas, ni los cigarrillos con las cartitas ni nada. No los dejaban salir si no firmaban un papel donde decían que no iban a

contar nada. Papá estaba furioso. Seguro que Tatú no quería firmar el papel y por eso no lo dejaban salir.

Un domingo del segundo fin de semana desde que había vuelto, Yagu se metió en el cañaveral. Yo lo seguí. Era un día feo y frío, y adentro del cañaveral estaba oscuro. Yagu se sentó en uno de los tocones de un círculo que habíamos armado ese verano con los chicos y Tatú. Puso la cabeza entre las manos. Me acerqué y le pregunté por Tatú.

—Dejame en paz —dijo Yagu.

En mi cabeza le empecé a decir cosas. Le explicaba por qué tenía que decirme algo, le decía que yo necesitaba saber, le pedía por favor, hasta me arrodillaba. Pero me había quedado ahí sentada, muy quieta y me había puesto a llorar.

Él levantó la cabeza de las manos y me miró.

—No llores, nena. Por favor no llores —dijo.

Pero yo no podía parar.

Cuando Yagu se puso a hablar, no parecía que me estuviera hablando a mí. Se miraba los pies. Empezó a hablar del frío que hacía en las islas, más frío del que yo hubiera tenido en toda mi vida, dijo. Llovía durante días y días. Y soplaba un viento helado y ellos estaban en un pozo, sentados espalda contra espalda y dormían ahí, con los pies en el agua helada. A Tatú se le helaron los pies.

Después dijo algo que quedó suelto.

—No podía correr.

Yo sentía que me había dejado de latir el corazón, ya no lloraba, lo miraba como si me hubiera quedado atrapada en eso que él estaba diciendo.

Nopodíacorrernopodíacorrernopodíacorrer.

Lo dijo varias veces más. Lo decía y me miraba. Me miraba a los ojos como si yo tuviera que contestar algo.

Y después dijo algo que por un momento pareció no tener nada que ver con Tatú.

—Las bombas explotaban por todas partes.

Yo sentía lo que él me estaba diciendo. Lo sentía como un dolor en el cuerpo que no tenía palabras, pero a la vez era como si no pudiera unir esas cosas que él decía. Parecían separadas, separadas entre ellas, separadas de Tatú, y de él, y de mí.

Las cañas golpeaban con ese ruido hueco que hacen al chocarse. Y de repente entendí perfectamente lo que él me estaba diciendo. Pero lo seguí mirando. Necesitaba que me lo dijera con palabras.

—Estaba parado ahí y después no —dijo.

Pero seguía sin decir lo que yo necesitaba oír.

—Yo no miré —dijo.

—Pero ¿y qué? —me escuché preguntar.

Necesitaba oír lo que ya sabía, pero antes de que lo dijera me había tirado al piso.

—A lo mejor no se dio cuenta cuando se murió.

Me abracé a las piernas de Yagu. *Cuando se murió*. Eso era. Quería golpearme la cabeza contra sus rodillas. Lastimarme. Desaparecer. Yagu también lloraba, se sentó a mi lado, en la tierra. Me abrazó. Gemía. Yo me estaba ahogando con mi propio llanto.

Se había hecho de noche.

En diciembre, antes de Navidad, unos alemanes compraron la casa de Caroline y su papá. Era una familia

recién llegada a la Argentina, con dos hijos más chicos que yo y una bebita.

Una tarde, al principio de las vacaciones, me encontré con el alemanito chico en el terreno del fondo. Le pregunté si quería que le enseñara a pescar. Le enseñé a pescar y le enseñé a soltar los peces sin lastimarlos. Lo que más le gustó fue que le dijera "mi hermanito" al bagre.

—¿También es mi hermanito? —preguntó.

Le dije que sí.

Fui hasta la punta de la isla, donde no había ninguna casa y me metí en el río. Me había puesto a llorar como si nunca desde esa tarde en el cañaveral hubiera dejado de llorar. Me dejé llevar por el río. El río con su corriente me iba calmando. Floté, río abajo, hasta el muelle de los ingleses. Salí del agua. Y en un escalón, todavía tibio, me senté a esperar la salida del lucero de la tarde.

INÉS GARLAND

Nació en 1960. Fue periodista, productora de televisión y realizadora de documentales y cortometrajes. En 1997 se volcó a la escritura de ficción y muchos de sus relatos fueron premiados. En 2003 uno de sus cuentos recibió el primer premio del concurso interamericano de cuentos de la Fundación Avón y está publicado en el libro *Cuentos de luz y de sombra*, con selección de Angélica Gorodischer. En 2005 su libro de cuentos *Una reina perfecta* fue galardonado por el Fondo Nacional de las Artes (Alfaguara, 2008) y en 2006 publicó la novela *El rey de los centauros*, que había llegado a la terna finalista del concurso Planeta de novela 2003.

En Alfaguara Juvenil publicó *Piedra, papel o tijera*, que recibió el Premio Destacado de ALIJA, en la categoría mejor novela del año 2009.

Actualmente coordina talleres literarios, traduce, en colaboración, una selección de poesías de la norteamericana Sharon Olds, escribe su tercera novela y da clases de creatividad que combinan técnicas psico-corporales y escritura.

EL ALIMENTO DEL FUTURO

PABLO RAMOS

El 1° de Mayo de 1982, un día antes de cumplirse un mes de haber empezado la Guerra de Malvinas, en mi casa se festejó el Día del Trabajador como se hacía todos los años, con asado con vino; pero, como durante todo el período de la última dictadura militar, sin la marcha peronista ni la mayoría de los amigos del sindicato. Antes de comer papá pidió un minuto de silencio por los trabajadores del mundo. Y mamá propuso una oración por los chicos del barrio que teníamos en la guerra, así dijo mamá, "los chicos que tenemos en la guerra", como si fueran sus hijos, como si fueran nuestros hermanos. En realidad, de los cuatro chicos del barrio que habían ido a la guerra sólo uno de ellos era de nuestra cuadra, de la barra de los pibes más grandes. Se llamaba igual que yo, Gabriel, y le decían como hoy me dicen a mí, el Gaby. A mí en esa época me decían Gavilán.

Como dije, papá estaba mal por la guerra. Decía que por dos razones; una, porque la consideraba inútil, aunque creo que alguna vez dijo que al menos era justa. Y

otra, porque, de "salirles bien", a los milicos no los iba a sacar nadie de la Rosada. Pero yo, y mi hermano, y casi todos mis amigos, estábamos contentos. Los ingleses eran una porquería que se creían los dueños del mundo y hacerles la guerra, pensábamos, estaba bien.

La guerra para nosotros era como en las películas. Y en las películas siempre ganaban los débiles o los menos dotados. Y para nosotros esa era otra película. Sucedía lejos y no suponía, al menos eso era lo que flotaba en el aire, un riesgo mayor que el de ganar o perder unas islas que un año antes ni siquiera sabíamos que existían. Supongo que, al menos en un principio, mis amigos y yo vivimos las noticias de esa guerra, lejana pero con bandera celeste y blanca, como un Mundial de fútbol. Le dimos a uno, nos dieron a dos. Vamos empatando, los definimos con la aviación porque los aviones Pucará son los mejores del mundo. Y cosas por el estilo. Cosas de las cuales sabíamos poco y nada. Tal vez hablábamos así porque las personas mayores hablaban así, y salían y gritaban como en el Mundial '78: "Argentina-Argentina, Argentina-Argentina", y salían con banderas y se saludaban, se sentían unidos. Todos los que yo conocía se querían anotar como voluntarios. Mi hermano Alejandro a la cabeza, y yo también, aunque en el fondo rogaba que esa oportunidad no se presentase nunca.

Para ese entonces hacía mucho tiempo que mis amigos y yo no nos reuníamos en la esquina de la infancia.

Tal vez más de cuatro años, desde que la mayoría había empezado la secundaria o algún trabajo, bastante después del cierre del taller de papá. Pero esa vez, casi sin darnos cuenta, fuimos llegando a la esquina de Armando poco a poco, como antes, como cada vez que en los buenos tiempos nos encontramos frente a una encrucijada. Ahora teníamos entre quince y diecisiete años, y alguno que otro faltaba. Marisa, por ejemplo, estaba en Bariloche, donde más tarde se iba a ir a vivir. No estaba de viaje de egresados, no; estaba en una comisión de alumnos notables que habían ido a estudiar el hábitat del zorro gris argentino. Esto le estaba contando yo al Rata, mientras compartíamos una coca de litro, cuando llegó Percha.

—Y por qué no se fue al cruce Varela, si ahí está lleno de zorros grises —dijo y largó una carcajada. El Rata y yo nos reímos también. Es que nosotros siempre le decíamos zorro gris al inspector de tránsito, porque el uniforme era gris y se escondía detrás de los árboles para hacerles la boleta a nuestros padres.

Llegó mi hermano Alejandro y le dimos lo último de la coca. Enseguida llegó el Chino y dijo que no tenía tiempo para reuniones, porque tenía que ensayar con la guitarra para la prenda "Yo sé" del programa "Feliz domingo".

—Si no tenés tiempo, ¿para qué viniste? —le dijo Alejandro.

—Vine para decirles que no tengo tiempo.

—Bueno, chau —dijo el Rata, pero el Chino no se movió.

—¿Qué vas a tocar? —pregunté.

—"Zorba el griego" —dijo el Chino, y el Rata y Percha se empezaron a matar de la risa.

—¿De qué se ríen, infradotados?

—De esa canción... el griego que te la zorba... ¿cómo es? —y meta matarse de risa, pero yo me calenté.

—No ven que son unos ignorantes... —dije—. Parece que todavía tuvieran diez años, loco. Zorba es el nombre del griego, y es una película y la canción hay que tocarla a los pedos y para tocarla hay que ser un genio como el Chino, y no unos ignorantes mira fútbol como ustedes, ¿entendieron?

El Rata se calentó un poco.

—Che, qué te la agarrás con el fúlbol.

—Se dice fútbol, Rata.

—¿Y qué, el chino no mira fúlbol?

—No, miro básquet. Bueno, miro fútbol también, pero fúlbol no miro.

Y ahí se quedaron todos callados, porque el básquet es un deporte distinto, como más fino, no sé. O eso habrán pensado ellos, aunque, a decir verdad, yo pensaba que es más fácil jugar a la pelota con la mano que con el pie. Aún lo creo, aunque no practico ningún deporte.

El Chino se fue a practicar a la casa y nos pusimos a hablar de la guerra.

—Che, me dijo el Jaro que le dijo el hermano que le dijo un amigo que tiene un hermano que estamos haciendo un túnel desde Quilmes hasta las Malvinas —dijo el Rata.

—¿Y quién lo está haciendo? —pregunté.

—Los voluntarios, son un ejemplo —dijo el Rata.

—Un ejemplo de estupidez —le contestó Percha—, eso sos vos. ¿Cómo van a hacer un túnel tan largo? ¿Te falla la cabeza? Ni Perón hizo una obra tan grande.

—A vos lo único que te interesa es Perón, Percha —le dije un poco molesto.

—El Gaby tiene dos años más que yo y está en el *General Belgrano* —dijo Alejandro—. A mí los voluntarios me parecen un ejemplo; el Rata tiene razón, bueno, al menos en eso.

—Pero si el Gaby no es voluntario, lo mandaron porque le tocó marina, y ese barco no va a entrar en la guerra porque es un buque-escuela —dijo Percha.

—¿Y vos cómo sabés? —le preguntó Alejandro.

—Se lo dijo un milico a mi viejo, ni ellos creen que esta guerra pueda durar más de tres meses.

Siempre que Percha decía algo nos dejaba pensando a todos y generalmente no podíamos responderle.

—Si viene el principito, se lo mandamos a la reina envuelto en una bandera argentina —se envalentonó el Rata, pero no dio risa sino un poco más del pesar que había causado, indirectamente, mi hermano Alejandro.

¿Se sentía mal Alejandro por no estar en la guerra? ¿Si uno tenía la edad suficiente, y la guerra era una guerra justa, debía anotarse como voluntario? Pensé en esas cosas pero, lejos de decir algo al respecto, le contesté al Percha.

—Mirá, sea o no sea inglés, sea o no sea el principito, con el amor de una madre no se juega —dije—, y la reina esa es también una madre. Y lo peor para una madre es que le maten a un hijo.

—La reina es una imperialista, no es una madre; además, ¿vos qué te pensabas, una guerra sin muertos?

—Bueno, con muertos, sí, pero con respeto. ¿Ustedes saben que las guerras tienen sus reglas también?

—Sí, matar antes de que te maten es la regla. Y después robarle todo al muerto: la casa, la mujer, las hijas, el dinero y los animales. Sos dueño de todo porque lo mataste —me contestó Percha con ese sarcasmo que siempre tenía.

—No es así —dijo Alejandro—, eso es inmoral, eso es salvajismo. La guerra es un conflicto de personas civilizadas, y tiene sus reglas.

—¿Y en la bomba atómica qué regla ves? La regla de que no quede ni el loro, ni los pibes chiquitos quedaron.

—Eso es otra cosa, pero si queda alguien, se lo respeta, y al que muere se lo respeta también —dijo Alejandro.

—¿Ustedes sabían que un tripulante del avión que tiró la bomba en Hiroshima vive acá en Azul?

—Callate, Percha, ya sé, y lo trajo Perón.

—No, loco, posta, vive acá, se hizo monje, está loco y no habla con nadie.

—Y bueno, se lo merece, mató cientos de miles de personas

—¿Ustedes sabían que las personas aún hoy siguen muriendo en Hiroshima?

—No, acá el único que sabe las cosas sos vos.

—Eso es verdad —dijo Percha—, y el avión se llamaba *Enola Gay*.

El Percha sabía de verdad, eso era algo que nunca se le podía negar. Cuando éramos chicos eso me daba bronca, pero él sabía. Yo había visto fotos de Hiroshima, y eran monstruosas. De golpe se me vinieron esas imágenes a la cabeza. Era como si hasta ese momento no hubiera relacionado "guerra" con bomba atómica o sencillamente guerra con muerte, con dolor, con tragedia. Todo eso me cayó de golpe en la cabeza gracias a las palabras de Percha. Inmediatamente me di cuenta de que no iba a ser voluntario en las Malvinas.

—Yo no quiero quedar todo quemado —dije.

—¿Y a vos qué bicho te picó? —me dijo Alejandro.

—Me picó que si bombardean el Viaducto los ingleses nos hacen mierda.

—¿No ves que no pueden bombardear el Viaducto? —me contestó Alejandro—, la guerra está dada allá, se gana o se pierde en las islas.

—¿Y a vos quién te garantiza eso? —dijo Percha—, ¿en qué libro leíste que los ingleses se queden con las ganas de algo? Para ellos es una cuestión de poder y, si tienen que bombardear medio mundo, lo hacen y listo.

—Yo ni loco me anoto de voluntario —dijo el Rata.

—No sé lo que estás pensando, Alejandro —dije—, y yo no me voy a anotar de voluntario ni en esta ni en ninguna otra guerra.

—Che, ¿y no sería mejor pedir las islas de buena onda? —dijo el Rata.

—Sí, y te las van a dar, con todo el pescado y el petróleo que tienen —contestó Percha con toda su sapiencia peronista.

—El mar de las Malvinas está lleno de plancton, el alimento del futuro —dije yo.

—¿Y eso cómo se come? —preguntó el Rata.

—No se come, no ves que es del futuro: se va a comer, Rata; sos tan ignorante que sos insoportable —dijo Alejandro, pero el fastidio de su cara tenía más que ver con otra cosa que con las preguntas estúpidas a las que de hecho el Rata nos tenía acostumbrados.

De ahí en más todo se fue haciendo cada vez más delirante. La discusión se hizo cada vez más fanática, cada vez más futbolera. Caminé hasta la casa de Fonta, la abuela del Chino, y lo escuché tocar "Zorba el griego". Lo tocaba mejor que en el disco original. El Chino iba a ser el genio que saliera del barrio, eso yo lo sabía bien. Tenía un don para la guitarra. Yo lo sabía porque también había empezado a practicar guitarra. Hasta había sacado unos temas del Flaco Spinetta, pero nunca se lo mostré al Chino porque me habría dado vergüenza. Escuché a mi amigo tocar y luego de un descanso empezó con "Help". En la radio se habían prohibido Los Beatles, pero Los Beatles eran en mi barrio, para los pibes de mi barrio, quiero decir, tan importantes como Charly o el Flaco Spinetta. Así que no me pareció tan mal.

Terminé de dar la vuelta a la manzana cuando empezaba a oscurecer. Serían las siete de la tarde cuando llegó la noticia. Los ingleses habían disparado contra el *General Belgrano*, el buque en donde estaba el Gaby, el buque que se suponía que no iba a entrar en la guerra.

Llegó la noticia quiere decir que todo el barrio se conmocionó y empezó a salir a la calle espontáneamente para terminar en una especie de procesión frente a la casa de la familia de nuestro amigo. De golpe la gente se juntaba en silencio y sin bandera, sin cantar nada y con unas caras de algo que a mí me pareció en un principio sólo preocupación y que después entendí como preocupación y culpa. Alguien real, alguien a quien solíamos ver todos los días del año, flotaba ahora perdido, vivo o muerto, en el mar helado del sur. No era una noticia en el diario, no era un número anónimo y lejano, era "el Gaby", el que me había puesto de titular en un partido contra Dock Sud. El que lloró cuando en el sorteo de la colimba le tocó la Marina, no por tener que hacer la conscripción, sino porque iba a tener que cortarse el pelo. El Gaby, hundido en un barco escuela, el Gaby lejos del Viaducto, del vino de la costa, de las tardes esquineras repletas de sol, de fútbol, de Aquelarre, Pescado Rabioso y Yes, que eran sus grupos preferidos.

Días más tarde, llegó la noticia de que estaba en la lista de sobrevivientes y había que ir a esperarlo a Bahía Blanca. Fue mi papá quien acompañó a la madre del Gaby. Volaron en un avión Hércules, un avión a hélices pero tan grande que era capaz de llevar autos, camionetas y hasta tanques de guerra en su enorme panza de lata. Siempre, desde esa vez que acompañé a mi papá hasta el aeropuerto de San Fernando y vi el avión, lo comparé con el dibujo de la serpiente constrictora

que se come un elefante entero y que yo había visto en el mejor de todos los libros del mundo: *El Principito*.

Llegaron un jueves de mayo y, por más que los vecinos se habían agolpado en la puerta para recibirlo con todos los honores, el Gaby bajó del auto militar que lo había traído, irreconocible, como viejo, porque tenía una barba muy oscura en la cara de muerto y en vez de tener diecinueve años parecía tener muchos más que mi papá o que el papá de cualquiera.

—Está arrasado —le dijo papá a mamá, luego, en casa— y encima estos estúpidos lo tratan al pibe como si hubiese sido una víctima. Es un héroe de guerra. Los que lo mandaron a la guerra son unos asesinos, y los ingleses, ya lo sabemos, la peor de todas las basuras de esta Tierra. Pero ese chico es un héroe.

—Pero dispararle a ese barco tiene que ser juzgado como un crimen de guerra, y entonces él pasaría a ser una víctima de crímenes contra la humanidad.

—Eso está bien, nena, pero sentime, no lo hace héroe haber recibido dos torpedazos y sobrevivir cuarenta y ocho horas en el mar. Lo hace un héroe su comportamiento en esa emergencia. ¿Entendés, nena? Está quemado en la cara y en las manos y tiene la espalda rota. Ya no va a caminar ni a tocar la guitarra ni nada de lo que le gustó toda la vida. Y eso, porque se metió una y otra vez, entre el fuego y los fierros al rojo, para rescatar a sus compañeros.

Eso fue lo que le dijo papá a mamá. Eso: la definición exacta de lo que es un héroe. Pero iba a ser el propio Gaby, unas semanas después, quien nos daría la lección más perfecta que jamás me hayan dado.

Es que no más se recompuso decidió, por alguna razón que jamás le confesó a nadie, citar de tres en tres a todos los pibes de la cuadra. Los primeros en ir fuimos el Percha, el Chino y yo. El Chino con la guitarra, porque el Gaby así lo había pedido. Nos acompañó papá pero, una vez adentro, junto a la madre y tres tazas de chocolate (antes, quiero decir, de que lo viéramos al Gaby) se volvió para mi casa. Pasaron unos minutos incómodos y tensos. Ninguno de los tres ni siquiera amagaba a sorber el chocolate. Hasta que el Gaby apareció. Pelado, vendado a medias como una momia descuidada, en una silla de ruedas que alguna vez había estado pintada de blanco. Se acercó a la mesa y su madre le puso una taza de té con una bombilla.

Nosotros no dijimos nada, tan solo verlo y escucharlo sorber con dificultad fue suficiente para sentir el cuerpo dormido y paralizado. Yo hacía un esfuerzo para no llorar y, mirando de reojo hacia el costado, pude ver que mis amigos estaban igual que yo. Gaby le pidió al Chino, con la voz muy finita, que tocara algo, y el Chino le tocó la canción de "Zorba el griego". Después le tocó "Tristeza por un día", del guitarrista de Yes. El Gaby puso una cara como de emocionarse, pero no dijo nada. Por fin volvió, pero no para decir algo revelador, sino para pedirle a la madre más galletitas. Percha aprovechó para decir algo.

—¿Comiste el alimento del futuro?

Gaby soltó un bufidito tipo risa, y dijo que no, con la cabeza, luego preguntó qué era eso.

—Plancton —dije yo— es por lo que los ingleses quieren las islas, porque es lo que se va a comer cuando no haya más comida.

—La comida del futuro es Pumper Nic, o los panchos de la cancha —dijo el Gaby, pero lo dijo serio, aunque a mí me pareció broma—. No sean boludos, no miren televisión. O miren, pero no crean en lo que ven.

Y todo volvió al silencio, y yo, nosotros, quiero decir, sin entender para qué nos había llamado. Y sin siquiera tocar la merienda. El Gaby intentó agarrar una galletita, tres veces lo intentó, hasta que, al fin, muy aparatosamente y de manera desagradable, logró llevársela la boca.

—Las manos apenas me sirven —dijo—. Igual, coma lo que coma, todo tiene gusto a tierra, y pólvora, y huele a quemado. Todo huele a quemado acá, ¿no es cierto?

Después de eso llamó a la madre, ella vino y le inyectó algo en el brazo, una ampolla blanca con una jeringa chiquita. Nos quedamos un poco más y vimos cómo el Gaby se adormecía en la silla. Algo dijimos cada uno, algo tonto, y el Gaby intentó una risa cuando Percha dijo, casi en el momento en que nos íbamos, que igualmente, él ni borracho comería lo que comen las ballenas.

El Gaby murió cinco años después, en la misma casa donde nació y se crió, en la misma casa en que nos dio aquella lección casi sin palabras. Porque, luego de eso, luego de que se lo contamos a todos los pibes de la barra, nadie habló jamás de ser voluntario en la guerra.

Nadie habló ni siquiera de la guerra, ni de esa ni de ninguna otra, y festejamos cuando terminó, aunque la hubiésemos perdido. Siempre recuerdo aquella tarde como la única vez en que tres chicos de mi barrio dejamos enfriar un chocolate en la taza.

PABLO RAMOS

Nació en 1966 en Avellaneda, provincia de Buenos Aires, donde transcurrió su infancia.

Ha publicado el libro de poemas *Lo pasado pisado* (1997) y en Alfaguara las novelas *El origen de la tristeza* (2004), *La ley de la ferocidad* (2007) y *En cinco minutos levántate, María* (2010).

Su libro de relatos *Cuando lo peor haya pasado* (2005) obtuvo el primer premio del Fondo Nacional de las Artes (2003) y el primer premio en el concurso Casa de las Américas de Cuba (2004).

En Alfaguara Juvenil publicó la novela *El sueño de los murciélagos*, que integró la Lista White Ravens, 2009, de la Jugendbibliothek (Munich).

Su obra ha sido publicada en numerosos países de América latina y traducida al francés, alemán y portugués.

ME VAN A TENER QUE DISCULPAR

EDUARDO SACHERI

Me van a tener que disculpar. Yo sé que un hombre que pretende ser una persona de bien debe comportarse según ciertas normas, aceptar ciertos preceptos, adecuar su modo de ser a determinadas estipulaciones convenidas por todos. Seamos más explícitos. Si uno quiere ser un tipo coherente, debe medir su conducta, y la de sus semejantes, con la misma e idéntica vara. No puede hacer excepciones, pues de lo contrario bastardea su juicio ético, su conciencia crítica, su criterio legítimo.

Uno no puede andar por la vida reprobando a sus rivales y disculpando a sus amigos por el solo hecho de serlo. Tampoco soy tan ingenuo como para suponer que uno es capaz de sustraerse a sus afectos y a sus pasiones, que uno tiene la idoneidad como para sacrificarlos en el altar de una imparcialidad impoluta. Digamos que uno va por ahí intentando no apartarse demasiado del camino debido, tratando de que los amores y los odios no le trastoquen irremediablemente la lógica.

Pero me van a tener que disculpar, señores. Hay un tipo con el que no puedo. Y ojo que lo intento. Me digo: no puede haber excepciones, no debe haberlas. Y la disculpa que requiero de ustedes es todavía mayor, porque el tipo del que hablo no es un benefactor de la humanidad ni un santo varón ni un valiente guerrero que ha consolidado la integridad de mi patria. No, nada de eso. El tipo tiene una actividad mucho menos importante, mucho menos trascendente, mucho más profana. Les voy adelantando que el tipo es un deportista. Imagínense, señores. Llevo escritas doscientas sesenta y tres palabras hablando del criterio ético y sus limitaciones, y todo por un simple caballero que se gana la vida pateando una pelota. Ustedes podrán decirme que eso vuelve mi actitud todavía más reprobable. Tal vez tengan razón. Tal vez por eso he iniciado estas líneas disculpándome.

No obstante, y aunque tengo perfectamente claras esas cosas, no puedo cambiar mi actitud. Sigo siendo incapaz de juzgarlo con la misma vara con la que juzgo al resto de los seres humanos. Y ojo que no sólo no es un pobre muchacho saturado de virtudes. Tiene muchos defectos. Tiene tal vez tantos defectos como quien escribe estas líneas, o como el que más. Para el caso es lo mismo. Pese a todo, señores, sigo sintiéndome incapaz de juzgarlo. Mi juicio crítico se detiene ante él, y lo dispensa.

No es un capricho, cuidado. No es un simple antojo. Es algo un poco más profundo, si me permiten calificarlo de ese modo. Seré más explícito. Yo lo disculpo porque siento que le debo algo. Le debo algo y sé que

no tengo forma de pagárselo. O tal vez esta sea la peculiar moneda que he encontrado para pagarle. Digamos que mi deuda halla sosiego en este hábito de evitar siempre cualquier eventual reproche.

Él no lo sabe, cuidado. Así que mi pago es absolutamente anónimo. Como anónima es la deuda que con él conservo. Digamos que él no sabe que le debo, e ignora los ingentes esfuerzos que yo hago una vez y otra por pagarle.

Por suerte o por desgracia, la oportunidad de ejercitar este hábito se me presenta a menudo. Es que hablar de él, entre argentinos, es casi uno de nuestros deportes nacionales. Para ensalzarlo hasta la estratosfera, o para condenarlo a la parrilla perpetua de los infiernos, los argentinos gustamos, al parecer, de convocar su nombre y su memoria. Ahí es cuando yo trato de ponerme serio y distante, pero no lo logro. El tamaño de mi deuda se me impone. Y cuando me invitan a hablar prefiero esquivar el bulto, cambiar de tema, ceder mi turno en el ágora del café a la tardecita. No se trata tampoco de que yo me ubique en el bando de sus perpetuos halagadores. Nada de eso. Evito tanto los elogios superlativos y rimbombantes como los dardos envenenados y traicioneros. Además, con el tiempo he visto a más de uno cambiar del bando de los inquisidores al de los plañideros aplaudidores, y viceversa, sin que se les mueva un pelo. Y ambos bandos me parecen absolutamente detestables, por cierto.

Por eso yo me quedo callado, o cambio de tema. Y cuando a veces alguno de los muchachos no me lo permite, porque me acorrala con una pregunta directa,

que cruza el aire llevando específicamente mi nombre, tomo aire, hago como que pienso, y digo alguna sandez al estilo de "y, no sé, habría que pensarlo"; o tal vez arriesgo un "vaya uno a saber, son tantas cosas para tener en cuenta". Es que tengo demasiado pudor como para explayarme del modo en que aquí lo hago. Y soy incapaz de condenar a mis amigos al tórrido suplicio de escuchar mis argumentos y mis justificaciones. Por empezar les tendría que decir que la culpa de todo la tiene el tiempo. Sí, como lo escuchan, el tiempo. El tiempo que se empeña en transcurrir, cuando a veces debería permanecer detenido. El tiempo que nos hace la guachada de romper los momentos perfectos, inmaculados, inolvidables, completos. Porque si el tiempo se quedase ahí, inmortalizando a los seres y a las cosas en su punto justo, nos libraría de los desencantos, de las corrupciones, de las infinitas traiciones tan propias de nosotros los mortales.

Y en realidad es por ese carácter tan defectuoso del tiempo que yo me comporto como lo hago. Como un modo de subsanar, en mis modestos alcances, esas barbaridades injustas que el tiempo nos hace. En cada ocasión en la cual mencionan su nombre, en cada oportunidad en la cual me invitan al festín de adorarlo y denostarlo, yo me sustraigo a este presente absolutamente profano, y con la memoria que el ser humano conserva para los hechos esenciales me remonto a ese día, al día inolvidable en que me vi obligado a sellar este pacto que, hasta hoy, he mantenido en secreto. Un pacto que puede conducirme (lo sé), a que alguien me acuse de patriotero. Y aunque yo sea de aquellos a quienes desagrada la

mezcla de la nación con el deporte, en este caso acepto todos los riesgos y las potenciales sanciones.

Digamos que mi memoria es el salvoconducto para volver el tiempo al lugar cristalino del cual no debió moverse, porque era el exacto sitio en que merecía detenerse para siempre, por lo menos para el fútbol, para él y para mí. Porque la vida es así, a veces se combina para alumbrar momentos como ese. Instantes después de los cuales nada vuelve a ser como era. Porque no puede. Porque todo ha cambiado demasiado. Porque por la piel y por los ojos nos ha entrado algo de lo cual nunca vamos a lograr desprendernos.

Esa mañana habrá sido como todas. El mediodía también. Y la tarde arranca, en apariencia, como tantas otras. Una pelota y veintidós tipos. Y otros millones de tipos comiéndose los codos delante de la tele, en los puntos más distantes del planeta. Pero ojo, que esa tarde es distinta. No es un partido. Mejor dicho: no es sólo un partido. Hay algo más. Hay mucha rabia, y mucho dolor, y mucha frustración acumuladas en todos esos tipos que miran la tele. Son emociones que no nacieron por el fútbol. Nacieron en otro lado. En un sitio mucho más terrible, mucho más hostil, mucho más irrevocable. Pero a nosotros, a los de acá, no nos cabe otra que contestar en una cancha, porque no tenemos otro sitio, porque somos pocos, porque estamos solos, porque somos pobres. Pero ahí está la cancha, el fútbol, y son ellos o nosotros. Y si somos nosotros el dolor no va a desaparecer, ni la humillación ha de terminarse. Pero si son ellos. Ay, si son ellos. Si son ellos la humillación va a ser todavía más grande, más dolorosa, más intolerable.

Vamos a tener que quedarnos mirándonos las caras, diciéndonos en silencio "te das cuenta, ni siquiera aquí, ni siquiera esto se nos dio a nosotros".

Así que están ahí los tipos. Los once nuestros y los once de ellos. Es fútbol, pero es mucho más que fútbol. Porque cuatro años es muy poco tiempo como para que te amaine el dolor y se te apacigüe la rabia. Por eso no es sólo fútbol.

Y con semejantes antecedentes de tarde borrascosa, con semejante prólogo de tragedia, va este tipo y se cuelga para siempre del cielo de los nuestros. Porque se planta enfrente de los contrarios y los humilla. Porque los roba. Porque delante de sus ojos los afana. Y aunque sea les devuelve ese afano por el otro, por el más grande, por el infinitamente más enorme y ultrajante. Porque aunque nada cambie allá están ellos, en sus casas y en sus calles, en sus pubs, queriéndose comer las pantallas de pura rabia, de pura impotencia de que el tipo salga corriendo mirando de reojito al árbitro, que se compra el paquete y marca el medio.

Hasta ahí, eso solo ya es historia. Ya parece suficiente. Porque le robaste algo al que te afanó primero. Y aunque lo que él te robó te duele más, vos te regodeás porque sabés que esto, igual, le duele. Pero hay más. Aunque uno desde acá diga bueno, es suficiente, me doy por hecho, hay más. Porque el tipo además de piola es un artista. Es mucho más que los otros.

Arranca desde el medio, desde su campo, para que no queden dudas de que lo que está por hacer no lo ha hecho nadie. Y aunque va de azul, va con la bandera. La lleva en una mano, aunque nadie la vea. Empieza a

desparramarlos para siempre. Y los va liquidando uno por uno, moviéndose al calor de una música que ellos, pobres giles, no entienden. No sienten la música, pero sí sienten un vago escozor, algo que les dice que se les viene la noche. Y el tipo sigue adelante.

Para que empiecen a no poder creerlo. Para que no se lo olviden nunca. Para que allá lejos los tipos dejen la cerveza y cualquier otra cosa que tengan en la mano. Para que se queden con la boca abierta y la expresión de tontos, pensando que no, que no va a suceder, que alguno lo va a parar, que ese morochito vestido de azul y de argentino no va a entrar al área con la bola mansita a su merced, que alguien va a hacer algo antes de que le amague al arquero y lo sortee por afuera, de que algo va a pasar para poner en orden la historia y que las cosas sean como Dios y la reina mandan, porque en el fútbol tiene que ser como en la vida, donde los que llevan las de ganar ganan, y los que llevan las de perder pierden. Se miran entre ellos y le piden al de al lado que los despierte de la pesadilla. Pero no hay caso, porque ni siquiera cuando el tipo les regala una fracción de segundo más, cuando el tipo aminora el vértigo para quedar de nuevo bien parado de zurdo, ni siquiera entonces van a evitar entrar en la historia como los humillados, los once ingleses despatarrados e incrédulos, los millones de ingleses mirando la tele sin querer creer lo que saben que es verdad para siempre, porque ahí va la bola a morirse en la red para toda la eternidad, y el tipo va a abrazarse con todos y a levantar los ojos al cielo. Y no sé si él lo sabe, pero hace tan bien en mirar al cielo.

Porque el afano estaba bien, pero era poco. Porque el afano de ellos era demasiado grande. Así que faltaba humillarlos por las buenas. Inmortalizarlos para cada ocasión en que ese gol volviese a verse una vez y otra vez y para siempre, en cada rincón del mundo. Ellos volviendo a verse una y mil veces hasta el cansancio en las repeticiones incrédulas. Ellos pasmados, ellos llegando tarde al cruce, ellos viéndolo todo desde el piso, ellos hundiéndose definitivamente en la derrota, en la derrota pequeña y futbolera y absoluta y eterna e inolvidable.

Así que señores, lo lamento. Pero no me jodan con que lo mida con la misma vara con la que se supone debo juzgar a los demás mortales. Porque yo le debo esos dos goles a Inglaterra. Y el único modo que tengo de agradecérselo es dejarlo en paz con sus cosas. Porque, ya que el tiempo cometió la estupidez de seguir transcurriendo, ya que optó por acumular un montón de presentes vulgares encima de ese presente perfecto, al menos yo debo tener la honestidad de recordarlo para toda la vida. Yo conservo el deber de la memoria.

En *Los mejores cuentos de fútbol*,
Buenos Aires, Galerna, 2009.

EDUARDO SACHERI

Nació en Buenos Aires en 1967. Es profesor y licenciado en Historia, ejerce la docencia universitaria y secundaria. Publicó los libros de relatos *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol* (2000), *Te conozco, Mendizábal y otros cuentos* (2001), *Lo raro empezó después. Cuentos de fútbol y otros relatos* (2004), *Un viejo que se pone de pie y otros cuentos* (2007), y, en Alfaguara, las novelas *Aráoz y la verdad* (2008), *La pregunta de sus ojos* (2009), *Papeles inesperados* (2011) y *Los dueños del mundo* (2012).

Colabora en diarios y revistas nacionales e internacionales. Su novela *La pregunta de sus ojos* fue llevada al cine por Juan José Campanella, con el nombre *El secreto de sus ojos*, filme que se convirtió en una de las películas más exitosas de la historia del cine argentino, fue distinguido con numerosos premios —entre los que se destaca el Oscar a la Mejor Película Extranjera (2010)— y cuyo guión estuvo a cargo de Sacheri y de Campanella.

Aráoz y la verdad fue adaptada al teatro por Gabriela Izcovich y protagonizada por Luis Brandoni y Diego Peretti.

Sus narraciones han sido publicadas en medios gráficos de la Argentina, Colombia y España, e incluidas por el Ministerio de Educación de la Nación en sus campañas de estímulo de la lectura. Su obra ha sido traducida a más de veinte idiomas.

LA GUERRA DE LAS MALVINAS

PATRICIA SUÁREZ

En la televisión dan la noticia de que la Argentina entró en guerra contra Inglaterra. Los ingleses tomaron las islas Malvinas, ellos las llaman Falklands. Nosotros en el colegio cantamos una canción acerca de que las islas son nuestras. La compuso un folklorista hace varios años, pero desde que empezaron los conflictos la cantamos todos los días cuando se iza la bandera.

Mi abuelo decía que la Argentina nunca le iba a declarar la guerra a Inglaterra, que eso era una estupidez. Mi abuelo murió hace dos semanas, el padre de mi padre. Tenía un riñón malo y le hacían diálisis desde un tiempo antes. Cuando salió del hospital, se mareó y se pegó la cabeza contra el cemento. No quería que mi abuela lo acompañara; le gustaba ir solo. Dijeron que era un traumatismo de cráneo, pero nada serio: al segundo día se murió. La noche de su muerte yo había ido a un cumpleaños de quince. Mi papá se había quedado en el hospital y mi mamá en casa. Como a las dos de la mañana mi abuelo murió, pero mi papá estaba tan trastornado

que no le avisó a ninguna persona como hasta las cinco. Se quedó sentado en la sala de espera, sin nada que esperar. Volví a las tres, me trajeron los tíos de la cumpleañera. Mi madre me esperaba despierta, dice que ella había oído la llave girar en la cerradura a eso de las dos, que pensó que era yo, y entonces ya no pudo volver a dormirse. Pero no era mi llave, era mi abuelo que venía a despedirse. Ella tiene esas cosas; cree que es médium y se comunica con los espíritus. Como sea, mi abuelo nunca tuvo llaves de nuestra casa; no veo por qué iba a recurrir justo a ese truco después de muerto. Esto a mi madre ni se lo menciono; monta en cólera si pongo en duda sus capacidades mediúmnicas.

Mi abuelo era un pobre infeliz que se reventó trabajando en el Correo y en el Telégrafo de noche para darles una buena vida a mi abuela y a mi padre. Hacía doble turno, no estaba nunca en casa. Cuando estaba nunca se le oía la voz: siempre medio enfermo, padeciendo de algo, el hígado o el riñón. Esto es lo que cuenta mi abuela hasta el final, cuando en el sepelio va a llorarlo su suegra, mi bisabuela, y comenta que el viejo sátrapa era un donjuán. Que se bajaba a todas las cretinas telefonistas y en el hospital, a las enfermeras. Mi abuela la echa del entierro: parece que era vox pópuli que mi abuelo tenía amores con una renga hasta la actualidad. La Renga no fue ni al velorio ni al entierro; o estaba destrozada por la pérdida de su gran amor o mi abuelo le importaba tres pepinos.

En mi familia todos parecen derechos, pero son todos torcidos. Es como un gen.

Igual mi abuelo era un hombre bueno, aunque nunca nos hizo regalos ni nos dejaba tener mascotas como cachorritos o tortugas. Apenas si soportó que mi abuela tuviera un cardenal y cuando el cardenal se murió porque picoteaba la cal de la pared, él suspiró con alivio. Cuando íbamos a visitarlo, se encerraba en la pieza. Después nos mandaba al cine Luz y Fuerza con la abuela, para ver una de Ásterix. Si cuando volvías del cine le preguntabas a él quiénes eran los galos o por qué los romanos invadieron la Galia, él te ponía una enciclopedia en la cara y se encerraba con el pestillo puesto en el altillito. Si hubiera habido un incendio, él no habría bajado ni en millones de años.

No se reía jamás; nadie nunca lo vio reír: parece que hubiera desconocido que en el rostro hay un par de músculos que estiran la boca y enseñan los dientes. La boca se abre para otras cosas, aparte de para comer. Si él se hubiera reído alguna vez, sin duda, habría sido una mueca semejante a la de un bulldog o alguno de esos perros que tienen los dientes medio para afuera. Entre sus buenas acciones estaba la de ser filatelista. Tenía varios álbumes de estampillas que mi padre codiciaba imaginando que valían fortunas. Construyó sus álbumes robando las estampillas del Correo; arrancaba las más preciadas estampillas de los sobres que debían repartir los carteros; después, sin que nadie supiera cómo o dónde, hacía desaparecer la correspondencia. Tengo entendido que esto es un delito federal; pero mi abuelo se cagaba en la ley y se quedaba con las estampillas. Después las pegoteaba en el álbum y guay con que metieras la mano ahí, porque te

la cortaba. Mi abuelo era un buen hombre, pero también era un tipo siniestro.

De mi abuelo sabíamos por medio de mi abuela. Era como si él hablara en chino mandarín o algo por el estilo y la única que conociera ese idioma fuera mi abuela. O como un tipo tan excelso, una especie de dios, y la única acólita capaz de traducir sus designios fuera la vieja. Sabíamos que él no quería a su propia madre —la que vino a llorarlo al entierro y reveló que era un casanova— porque ella le pegaba en la cabeza. Por eso una enseñanza que mi abuela transmitía directamente del pensamiento de mi abuelo era: Nunca hay que pegarle a un niño en la cabeza porque puede quedar tarado. El resto de la infancia y la juventud de mi abuelo eran un misterio. Al parecer había conseguido el puesto en el Correo gracias a la generosidad de Eva Perón, a quien él detestaba y cada vez que mandaban los consabidos presentes para las fiestas navideñas, mi abuelo iba y los tiraba a la basura, o los quemaba o como fuera se deshacía de ellos. Mi padre lloraba como un bendito pero mi abuelo lo hacía callar. No sé si le encajaba dos soplamocos o bien no le dirigía la palabra en un mes. Eso de estar en silencio al viejo no le costaba nada. Mi padre era un insoportable y más de una vez hubiera necesitado una buena paliza; uno se daba cuenta aun siendo hijo de él y no teniendo más de diez años. Pero mi abuela lo adoraba porque era su único hijo y porque mi abuelo no había querido tener otro hijo más para que no anduvieran en la miseria y viviendo de prestado. Así que tuvieron un hijo solo, mi padre, que era un verdadero dolor de cabeza.

Mi abuela se conformó, o si no se conformó, no se quejó muy fuerte. Lo mismo con el asunto de la amante de mi abuelo, la Renga esa: al principio hizo mucho lío pero después el asunto se silenció. Mi abuela se enteró de casualidad del adulterio porque alguien —una parienta— vio que él estuvo entrando en una pensión durante dos años. Dos años, día más día menos, y en esa pensión vivía la Renga. O sea que la Renga y mi abuelo tenían un asunto. La parienta se lo cuenta a mi abuela y mi abuela arma la de Dios es Cristo. Quiere ir a pegarle a la Renga al correo, porque resulta que era compañera de trabajo de mi abuelo. Afiliada al Partido Justicialista, encima, a pesar de que mi abuelo decía que todos los que estaban en el partido eran unos asquerosos y unos lameculos impresionantes. Ahí va mi abuela, lista para el boxeo con la Renga, cuando mi abuelo la ataja. La detiene: a él podrían echarlo del trabajo si ella le pegara a la Renga. Si él se queda sin trabajo, ellos se quedan sin pan. Mi abuela piensa seriamente en cómo se ganarán el pan, si a mi abuelo lo echan. Medita en esto un par de minutos; una cosa es ser brava y otra es ser muy estúpida; se contiene. Mi abuelo agrega que la Renga es bruja; le hizo una brujería y lo enamoró. La cosa se arregla si van mi abuela y él a visitar a una curandera para que deshaga el embrujo. Lo hacen y asunto arreglado, la Renga desaparece del mapa amoroso de mi abuelo o eso es lo que se cree hasta el día de su muerte. Mi abuela y mi padre no vuelven a mencionar los amores de mi abuelo.

Yo con mi abuelo me aburría. En la plaza él no podía hamacarme: tenía dañados los pulmones o el corazón, y

el médico le había prohibido hacer fuerza. Tampoco me hablaba y, si la que hablaba era yo, me compraba un helado de tres bochas para que me entretuviera chupando. Vivía como un insecto volador; aquí y allá pasaba y nadie lo percibía. Era taciturno pero sin dar la impresión de que estuviera sumido en profundos pensamientos: jamás leía un libro, no iba a misa, no practicaba ningún culto ni se dedicaba a nada que pudiera sacar de él una gota de jugo cerebral; más bien parecía que mi abuelo no tenía nada que decir, porque decir algo le demandaría unas energías tales que lo llevarían a la muerte de inmediato.

Nosotros veíamos su vida pasar, arrastrarse y hacíamos como que no veíamos.

Él prefería eso a ser protagonista.

No sabemos cómo lo pasaba la Renga con él.

Cuando empiezan los conflictos entre la Argentina e Inglaterra, la gente no se lo cree. Yo no entiendo mucho lo que pasa; acá están los militares que no se van y allá está Margaret Thatcher, a quien le hacen huelga los mineros y a ella no se le mueve un pelo. Allá está Lady Di, una maestra jardinera que se casó con el príncipe Carlos. Es un cuento de hadas realizado, dice mi madre, es La Cenicienta. El príncipe Carlos es más feo que el cuco, pero eso no cuenta a los ojos de mi madre.

Yo con la noticia de la guerra no reacciono; hace dos semanas que murió mi abuelo y no pude soltar ni una lágrima. En la escuela creen que estoy mal, porque consideran que debo estar triste por su muerte y ese dolor no sale

a la superficie. Piensan que tengo escondido mi dolor; la psicopedagoga habla de crisis de angustia; cita a mis padres en el gabinete, pero ninguno concurre a la cita: hay guerra. No sé cómo decirle a la psicopedagoga que no siento nada; ningún dolor: no hace falta que cite a mis padres a su gabinete y hacerse la sabihonda delante de ellos. Comprendo que no puedo revelarle que la muerte de mi abuelo me es indiferente; no puedo decírselo a nadie. Tengo un secreto propio, una culpa nueva y un fruto adonde hincar el diente. Igual los profesores desvían el foco de atención de mi persona porque estamos en guerra y el Estado está alistando jóvenes. Hay uno o dos soldados que son hermanos de chicos de la escuela. Los hermanos más grandes. Yo no tengo hermanos varones y las mujeres en la Argentina no van a la guerra; yo compro lana y me pongo a tejer medias para enviarles a los soldados en el sur. Las medias dan mucho trabajo cuando llega al talón; esto me hace perder el tiempo. Mi abuela me explica el arte del tejido; tiene un montón de revistas *Burda* apiladas que te enseñan a hacer jacquards y esas cosas. Pero yo no puedo en la parte en que hay que pasar de dos agujas a cuatro agujas: ahí me complico y me pongo muy nerviosa. También se me escapan los puntos; no soy aplicada tejiendo medias para los soldados y al final abandono el tejido en un sillón y me pongo a leer un libro. Antes leía *Nancy Drew*, pero desde que estamos en guerra con todo lo anglófilo intento leer cosas argentinas, *Shunko*. Las semanas transcurren y no envío a nadie un solo par de medias. Un día voy a dormir a la casa de mi abuela, y se me aparece el viejo. Creo que es él, porque hay una forma, una sombra taciturna. Por donde él pasa queda una

estela luminosa, baba de caracol. Es muy tarde en la noche y mi abuela duerme en la habitación contigua. Me paso a dormir en la cama con ella; después no voy más por esa casa. Que envíen a otra persona a acompañarla por la noche. Mi padre trae a la abuela a casa; mi madre se sulfura, se pone como loca. Me culpa por no querer ir más, hasta que le digo que es porque vi al alma de mi abuelo flotando por la casa. Ella, ¡la sibila de Cumas!, me chilla que no hable idioteces y que cumpla con mi deber de vez en cuando. A ese viejo putañero, una vez que pisó el infierno, le cerraron la trampera y los diablos ya no lo dejarán asomar la nariz. Mucho menos pasearse por sus antiguas posesiones, que ahora serán de tu padre, si tu bendita abuela se decide a morirse de una buena vez. Palabras de la pitonisa de Delfos. Mientras tanto, los ingleses hunden el *Belgrano*, el acorazado. Los norteamericanos no se ponen de nuestro lado, sino del de los ingleses. El Papa dice que ir a la guerra está mal, es pecado. Lady Di hace mutis sobre el asunto cada vez que la entrevistan. Mi abuela desteje lo que hice y se queja de que esa lana rulienta ahora no sirve para nada. Después perdemos la guerra; Inglaterra se queda con las islas; hay muchas bajas de nuestro lado. Cuántos dedos gangrenados por el frío habrán sido cortados, cuántos pies congelados, mutilados. Mi abuela no hace que yo me sienta mejor; quiero llorar por un soldado, pero no lloro. Quiero llorar por el abuelo, pero no lloro. Pienso si será que no siento nada o que en algún momento en estos doce años me sequé y me quedé sin lágrimas.

En http://discretoencanto.blogspot.com/

PATRICIA SUÁREZ

Nació en Rosario, en 1969. Reside en Buenos Aires.

En el 2000 obtuvo el Primer Premio en el ciclo de Teatro Leído de Argentores y, en 2001, el premio del Instituto Nacional de Teatro. En 2003 ganó el Premio Clarín de Novela por *Perdida en el momento* (2003). Desde 1997 coordina talleres de narrativa, literatura infantil y dramaturgia, en instituciones educativas y centros culturales. Ha escrito las obras de teatro *Valhala* (Premio Argentores, 2000) y la trilogía *Las polacas*, compuesta por *Historias tártaras*, *Casamentera* (Premio Fondo Nacional de las Artes 2001) y *La Varsovia* (Premio Instituto Nacional de Teatro 2001), estrenadas en 2002 en Buenos Aires.

Entre sus obras más importantes para niños se destacan: *Rata paseandera* (1998); *Historia de Pollito Belleza* (Premio Juan Rulfo 1997, Monte Ávila, Venezuela, 1999); *Habla el Lobo* (2004); *Las memorias de Ygor* (2005, Premio Destacados de Alija, 2006); *Esta boca es mía* (2005); *Ratones de cuento* (2006) y *El rey Anatol* (2006). En Alfaguara Infantil publicó *Amor dragón* (2007).

Junto a otros autores escribió *Monstruos al teatro* (con Graciela Repún, 2004) y *Simón y el pájaro Vivaldi* (con Ariel Barchilón, finalista Premio Barco de Vapor, Ediciones SM, 2004) y, en coautoría con Leonel Giacometto, *Besaré*

tus pies y *Puerta de Hierro* (Premio Argentores de Teatro Leído 2003).

Para adultos publicó *Completamente solo* (2000), *Fluido Manchester* (2000), *La flor incandescente* (2002), y, en Alfaguara, *Esta no es mi noche* (2005).

NO DEJES QUE UNA BOMBA DAÑE EL CLAVEL DE LA BANDEJA

ESTEBAN VALENTINO

Cuando Emilio Careaga vio por primera vez a Mercedes Padierna pensó que algo no andaba bien, que un ser tan maravillosamente bello no debía andar por allí con toda esa forma de mujer arriba suyo con el solo propósito de hacerlo sufrir, de hacerle sentir que él era tan irremediablemente lejano a ella, que ella era tan absolutamente imposible para él.

"Porque", pensó, "si algo sé con certeza en este mundo es que esa chica no es para mí. Bah, esas chicas jamás son para uno. Las cosas nunca son perfectas, siempre hay un detalle que funciona mal. Las chicas lindas son lindas pero al final de la fiesta se las toman con otro".

Emilio Careaga tenía quince recién cumplidos, Mercedes Padierna catorce ya algo transitados y formaban parte del grupo de invitados a la fiesta de una prima de Emilio que él casi nunca veía. Mercedes se había pasado toda la noche en un rincón apartado del salón y parecía con más ganas de irse que de seguir dejándose admirar. Los compañeros de Emilio, que habían logrado acceder al baile gracias a cuidadas falsificaciones

de la única invitación original, lo rodearon con sus vasos en la mano, miraron a Mercedes y empezaron a darle lecciones de cómo actuar en estos casos.

—Vos mirá y aprendé, Negro —le dijo el Colo.

—¡Tenés que aprender rápido, Careaga, porque si no la segunda lección va a ser en la morgue! —gritó el sargento Vélez en medio del ruido infernal que los rodeaba.

Afuera de la trinchera, la llanura de Goose Green era el mejor simulacro de la peor pesadilla de cualquier ser humano. Las balas de mortero caían por todos lados y, por más novato que fuera, Emilio Careaga sabía que para su trayectoria parabólica no había trinchera que sirviera. Si el disparo caía adentro era el fin y le bastaba mirar hacia cualquiera de sus costados, a sus compañeros muertos o con piernas o brazos de menos, para convencerse. Hacía apenas cuarenta y cinco días que había llegado a Malvinas en ese mayo del '82 pero al menos esa lección —no sabía qué número sería en la lista de Vélez— la conocía de memoria. Tampoco pudo preguntárselo porque quince minutos después el sargento quiso hacer una salida y se quedó en la boca de la trinchera con la cara hacia arriba, a menos de tres metros de Emilio Careaga que ahora estaba solo, lleno de amigos heridos o muertos que lo miraban, y con los morteros que seguían jugando a las escondidas con sus ganas de seguir vivo.

—A ver, Emilito —decía la bomba— ¿te encuentro, no te encuentro? Boooooommmmm. Pucha, no te encontré. Bueno. Otra vez será. Ya vendrá el piedra libre,

Emilio, en ese agujero lleno de agua sucia y entonces no te va a poder librar nadie para todos los compañeros. Ya vendrá Emilito, ya vendrá, y puedo tomarme mi tiempo. Busco lento, pero tengo muchos ojos. A ver ahora, a ver, a ver... Booooooommmmmm... Piedra li... No... pero, sangre... Otra vez sangre... No eras vos... Me equivoqué de nuevo... Bueno ¿seguimos jugando? Dale. Ahora me toca a mí. Sí, ya sé que soy un poco tramposa. Siempre me toca a mí.

—Ahora me toca a mí —dijo Jorge. El Colo se había acercado hasta Mercedes, la había invitado a bailar y se había ganado el no más contundente que recordara en su larga historia de conquistador. Jorge era el número dos en la lista de los irresistibles del curso. "El sí va a ganar", pensó Emilio. "Él seguro que sí. Si el Colo falló debe haber sido por una distracción momentánea pero ahora Jorge va preparado y a él no se le va a escapar esa frutillita con crema". Desde chico tenía esa costumbre de comparar a todo con la comida y ahora que había crecido, su hábito se había vuelto casi manía. "Bah, no es tan terrible, después de todo", se dijo mientras miraba a Jorge que empezaba su ataque final sobre la posición de Mercedes. "Cuestión de tiempo ahora", volvió a pensar Emilio. Los minutos que pasaron, ya demasiados para otra seca negativa, parecieron darle la razón. Pero no. Mercedes había sido más amable, había consentido que Jorge hablara todo lo que quisiera pero el resultado había sido el mismo:

—Bailar, ni loca. Y además ¿sabés qué? Lo que quiero en realidad es estar sola. ¿Me disculpás?

—Esa piba es más difícil que un teorema —dijo Jorge con la mirada inundada de derrota.

Alejandro copó la parada. Miró a sus compañeros de toda la vida con cierto aire de superioridad y se dirigió hacia Mercedes con la idea de demostrar que la estrategia de Jorge y el Colo había sido equivocada y que en cambio la suya sería la correcta. Se paró delante de ella y le dijo en voz baja.

—Ya sé que lo que más querés ahora es estar sola. Está bien. Permitime solamente estar aquí a tu lado sin decir nada. Yo tampoco quiero estar con nadie pero me parece que estar con vos va a ser una forma de sentirme menos solo.

"¿Qué hago ahora que estoy solo con estos chicos vivos que me miran pero sobre todo con estos chicos muertos que me miran?", se dijo Emilio Careaga desde sus dieciocho años y meses llenos de terror y ganas de dormir. Empezaba la noche, los morteros ingleses se habían callado y sólo algunas ráfagas de ametralladora cruzaban la llanura de vez en cuando para que lo que quedaba de los chicos argentinos recordara que la pesadilla seguía allí. Uno de sus compañeros de infierno, con una esquirla de granada clavada en su rodilla derecha, se arrastró entre la oscuridad hasta ponerse a su lado.

—Che, Negro, ahora que Vélez no está más me parece que vos estás al mando.

A Emilio Careaga le pareció casi gracioso que justo él tuviera que escuchar una frase así, tan cerca del

ridículo. Lo único que quería era dormir y una voz con una esquirla en la rodilla le decía que a partir de ese momento tenía que empezar a decidir.

—¿Al mando de qué, Flaco? ¿Vos me estás cargando? Si yo soy el único entero y vos que apenas podés arrastrarte sos el que me sigue.

—Bueno, si hay que rendirse alguien tiene que hacerlo.

"¿Así que esto es la guerra?", pensó Emilio Careaga. "Una forma de estar solo. Una manera de dejar de tener dieciocho años y meses y pasar a tener yo qué sé cuántos. Y encima esta voz llena de esquirlas me dice que tengo que encontrar una forma de sacarlos de aquí. Y digo yo. ¿Cómo se rinde uno?".

—Me rindo, Loco —dijo Alejandro—. Esa mina es un témpano. Le largué el mejor verso que se me ocurrió y no le saqué ni una sonrisa.

El único que faltaba era Emilio pero él ya había resuelto que Alejandro iba a ser el último en fracasar ante las murallas de Mercedes Padierna. Su razonamiento era simple. Si estos que eran su ejemplo de éxito ante las mujeres habían fallado, él no tenía ninguna posibilidad de triunfo. Pasaría el resto de la noche soñándola de lejos y dejaría que el futuro le agregara una nostalgia más a su lista de amores que no fueron.

Un par de horas más tarde, Emilio seguía con las ganas clavadas en Mercedes, cuando ese milagro de catorce años empezó a caminar hacia el lugar donde él estaba parado. Fue muy cuidadoso en eso de decir que Mercedes caminaba hacia el lugar que ocupaba y no

hacia él porque lo segundo le parecía territorio de su fantasía y no de lo que estaba pasando. Pero fuera como fuese, Mercedes Padierna ya estaba a tiro de caricia. Y entonces alguien le susurró a Emilio lo que debía hacer y lo que debía decir. Alguna fuerza ajena a su intención inicial de permanecer paralizado le movió su brazo y se lo llevó hasta una bandeja de copas de jerez con claveles que un mozo transportaba por el salón. Emilio manoteó una de las flores y poniéndosela delante de los ojos claros de Mercedes Padierna le pudo decir con un rocío de sonidos que le salió de la garganta:

—Tomá. Es para vos.

Mercedes Padierna se quedó dura delante del clavel. Lo tomó entre sus manos y se permitió la primera sonrisa de la fiesta. Miró a Emilio a través de la flor y le respondió con una mezcla de suavidad y firmeza:

—Gracias.

Y agregó:

—¿Querés bailar?

Emilio Careaga recordaba esa noche de oscuridad y silencio a su novia Mercedes Padierna y se preguntaba si ella sabría que ahora que la esquirla le había dicho que tendría que ser él quien los sacara a todos de ese pozo inmundo estaba pensando en ella, en aquella noche que se animó a darle el clavel y en lo importante que fue para su vida que ella se lo hubiera aceptado y sobre todo que lo hubiera invitado a bailar.

"Cuando me dijeron que tenía que venir a Malvinas yo ya había sido recreado por vos, Mercedes, y entonces

venir a la guerra con tu recuerdo fue también venir con aquel clavel que me hizo tan mejor de lo que era. Ahora se largó a llover a cántaros, Mercedes, y ya no me importa. Mi amigo herido está llorando y yo lo tomo en mis brazos para decirle que está bien, que no se preocupe, que esta lluvia que nos empapa a los dos y a los otros que también se fueron acercando hasta donde estamos nosotros no nos va a matar y le acaricio la frente y le vuelvo a decir que no se preocupe, que yo los voy a sacar vivos de esta zanja cada vez más llena de agua y que si hay que rendirse lo vamos a hacer juntos y reúno a todos y les digo que ahora hay que esperar a que amanezca. Me acuerdo de una canción de Sui Generis y empiezo a cantarla en voz muy baja. Los demás me escuchan y, cosa rara, nadie me pide que me calle. A ver, vamos, 'me echó de su cuarto/ gritándome/ no tiene profesión/ tuve que enfrentarme a mi condición/ en invierno no hay sol'. Y ya sé que no, Mercedes. Hay esta maldita lluvia que nos congela y hay tu recuerdo menos mal".

—Bueno, bailemos —contestó Emilio. Y al final de esa noche le dijo a Mercedes Padierna:

—¿Sabés? En unos días me voy al sur de vacaciones y me gustaría que me extrañaras.

Ella le sonrió con todo el cuerpo y le dijo que ya vería.

La claridad estaba llegando a Goose Green y a un grupo de muchachos empapados que miraban con

miedo el horizonte. Una constelación de fusiles empezó a acercarse a lo que quedaba de la trinchera y Emilio Careaga supo que esa mañana se terminaba para ellos la guerra y que ahora sabía algo más de sí mismo. Mientras seguía acariciando el pelo de su compañero se dijo que él había nacido, entre otras cosas, para que Mercedes Padierna le repitiera para siempre que esos fusiles podían ser el fin del mundo pero que no lo serán, amor, no lo serán porque una vez, cuando tenías quince recién cumplidos, estiraste el brazo y sacaste un clavel de una bandeja para dármelo.

En *Nuevos cuentos argentinos. Antología para gente joven*,
Buenos Aires, Alfaguara, 2001.

ESTEBAN VALENTINO

Nació en Castelar, en 1956. Es licenciado y profesor universitario en Letras.

En 1983 obtuvo el Premio Nacional de Poesía Joven y en 1988 el Premio Alfonsina Storni de Poesía. En 1995 le fue otorgado el Premio Amnesty International. En 1996 su libro *Caperucita Roja II* fue considerado por ALIJA (Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina) entre los tres mejores libros del año. Obtuvo el mismo galardón en 1998 por su libro *A veces la Sombra*; en 2001, por *Un desierto lleno de gente* y, en 2011, por *Perros de nadie*. Ese mismo año la Fundación El Libro consideró a *Todos los soles mienten* entre los tres mejores libros del bienio 1999-2000.

Su libro *Sin los ojos* fue elegido como mejor libro infantil escrito en castellano en 2009, según el Banco del Libro de Venezuela.

Además, en Alfaguara Juvenil ha publicado *El mono que piensa* (2003), *Los guerreros de la hierba* (2006), *El mono que piensa 2* (2008) y *Titanis* (2011).

Sus obras también se han publicado en España, México y Puerto Rico.

Índice

Palabras preliminares 7
Edgardo Esteban

La penitencia 13
Marcelo Birmajer

El puente de arena 23
Liliana Bodoc

Clase 63 31
Pablo De Santis

Memorándum Almazán 43
Juan Forn

Las otras islas 75
Inés Garland

El alimento del futuro 97
Pablo Ramos

Me van a tener que disculpar 115
Eduardo Sacheri

La Guerra de las Malvinas 127
Patricia Suárez

No dejes que una bomba dañe
el clavel de la bandeja 139
Esteban Valentino